

# EL INICIO DEL MUNDO CELTIBÉRICO EN EL INTERFLUVIO ALTO JALÓN-MESA

Juan Pablo Martínez Naranjo\*

*RESUMEN.- En este trabajo se aborda el estudio de los precedentes y de las primeras fases de la cultura celtibérica en el interfluvio Alto Jalón-Mesa. La base de información está constituida por un conjunto de yacimientos protohistóricos, en su mayoría asentamientos, localizados a partir de los trabajos de prospección extensiva que durante varios años se han llevado a cabo en la zona, aplicando principios de la Arqueología Espacial y los datos contextualizados de la excavación de La Torre I de Codes (Guadalajara). Los resultados del estudio revelan una unidad poblacional que se articula en torno a esquemas económicos mixtos en los que la ganadería y la minería parecen tener un papel importante en la configuración del patrón de implantación territorial.*

*ABSTRACT.- In this paper a study is made of the previous and first chronological phases of Celtiberian culture in the area between the Alto Jalón and Mesa rivers (Central Spain). The data base comes from a group of sites that have been located by extensive survey work during the last years; the analysis has been based on the principles of Spatial Archaeology and the cultural seriation comes from excavation data of La Torre I (Codes, Guadalajara). The results show a population group with a mixed economic basis, mainly cattle breeding and mining, this orientation being essential in their spatial and settlement organization.*

*PALABRAS CLAVE: Cultura celtibérica, Patrones de asentamiento, Interfluvio Alto Jalón-Mesa.*

*KEY WORDS: Celtiberian Culture, Settlement patterns, Upper Jalón and Mesa rivers.*

## 1. PLANTEAMIENTO Y METODOLOGÍA<sup>1</sup>

El presente trabajo aporta una serie de datos del interfluvio Alto Jalón-Mesa, que muestra una concentración de yacimientos correspondientes a un momento antiguo de la Edad del Hierro, contrastando con otras zonas próximas. Al mismo tiempo, se ha pretendido superar los límites político-administrativos actuales, ya que en este marco de estudio se ven afectados el sureste soriano y norte de Guadalajara, así como la zona occidental de Zaragoza, de cuyos datos no hemos podido disponer por hallarse en fase de estudio.

En su realización nos hemos basado en diferentes prospecciones con distintos criterios, ya que las referencias bibliográficas sobre esta zona son escasas y fragmentarias. Posteriormente se ha comprobado directamente sobre el terreno los datos aportados de los yacimientos, especialmente aquellos referi-

dos a su emplazamiento y morfología. Otra referencia básica ha sido la excavación sistemática de La Torre I de Codes, dirigida por Jesús Arenas Esteban, ya que ha permitido constatar en este poblado varias fases de ocupación que, en gran medida, han servido para basar la secuencia cultural que aquí se propone, observándose una continuidad de poblamiento que arranca desde las primeras fases del mundo celtibérico y continúa hasta los siglos III/II a.C.; el material arqueológico, perfectamente estratificado, ha permitido vincular, en muchos casos, el precedente de las diferentes prospecciones. En total, se analizan veintiséis yacimientos, de los cuales cuatro corresponden a necrópolis.

En el análisis interpretativo del poblamiento se señalan los siguientes apartados en cada uno de los periodos propuestos: emplazamiento y marco ambiental, organización del espacio habitado, cultura material y cronología. En cuanto al primero, se han considerado cuestiones de índole espacial, tales como

\* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. Ciudad Universitaria, s/n. 28040 Madrid.

ubicación (llano/altura), tipo de emplazamiento (llano, loma, cerro aislado y espolón), control visual del territorio en radios de 1, 2 y 5 km., intervisibilidad, entorno vegetal (bosque, matorral, labor y pasto) y recursos naturales. El epígrafe de organización del espacio habitado se refiere a todos aquellos aspectos de origen antrópico relacionados con la morfología de cada yacimiento. En función de la extensión se ha confeccionado una tipología que se relaciona con las características de emplazamiento, altitud relativa, planta, acceso (sólo se conoce el de rampa), entrada o puerta (se diferencian dos modelos: interrupción de muralla y acodamiento), estructuras domésticas y sistemas defensivos. También se ha tenido en cuenta la distancia entre los asentamientos analizados, realizándose sobre la base de distancias lineales entre ellos. A partir de estos valores, expresados en kilómetros, se han calculado dos índices: *índice de vecindad*,  $Iv = a/b$ , donde  $a$  es la distancia al vecino más próximo y  $b$  es la media de estas distancias, e *índice de distancia de yacimientos*,  $Id = x/y$ , donde  $x$  es la media de la distancia de cada yacimiento con respecto a los demás y  $y$  es la media de las distancias medias de todos ellos; a través de dichos índices se establecen dos valores:  $>1$  implica separación y  $<1$  agrupamiento. Otro factor analizado es el *centro de gravedad*,  $Cg = x/n, y/n$ , donde  $x$  e  $y$  son la suma de los ejes de coordenadas expresadas en U.T.M. y  $n$  el número de yacimientos; esta ecuación se ha realizado de dos formas: una, englobando a todos los enclaves dentro de cada periodo ( $Cg^1$ ) y, otra, desglosando cada tipo por época estudiada ( $Cg^2$ ). El tercer epígrafe se refiere a los elementos materiales de las diferentes prospecciones y de la excavación de La Torre I (Codes), relacionándolos con ámbitos geográficos y culturales próximos o afines. En el cuarto se encuadra el contexto temporal de cada periodo.

## 2. MEDIO FÍSICO

Abarca estrictamente el interfluvio comprendido entre los ríos Jalón y Mesa, siendo el límite inferior el curso alto del río Tajuña. Así, puede afirmarse que es un territorio coherente que queda definido en un contexto geográfico más general. Como se puede apreciar (fig. 1), esta zona se encuentra repartida política y administrativamente entre tres provincias, pertenecientes a tres comunidades autónomas diferentes, hallándose justo en el punto de contacto entre ellas. Engloba las comarcas de Tierra de Medinaceli (Soria), noroeste de Molina de Aragón (Guadalajara) y Alhama de Aragón (Zaragoza). Si tenemos en cuenta que la parte correspondiente a Za-



Fig. 1.- Situación del interfluvio Alto Jalón-Mesa.

ragoza queda fuera del estudio por las razones ya comentadas, el territorio a analizar se reduce a 712 km<sup>2</sup>.

El interfluvio Alto Jalón-Mesa se caracteriza por estar a una elevada altitud media y tener un relieve accidentado, apreciándose un desnivel general de sur a norte y noreste respectivamente: el sector más elevado es el molinés (más de 1.100 m.), seguido del área soriana (1.100-1.000 m.), siendo la zona más baja la aragonesa (menos de 1.000 m.). Se integra en la rama interior castellana del Sistema Ibérico (Alonso Fernández 1976: 45), correspondiendo a sus últimas estribaciones, muy cercanas a la zona de cruce con el extremo oriental del Sistema Central. Morfológicamente este territorio está caracterizado por el páramo: constituye un tipo de relieve tabular donde destacan los terrenos ondulados (Navarro 1982: 16). La red hidrográfica está evidentemente condicionada por la orografía de la zona. Sierra Ministra, localizada en el extremo noroeste, es el vértice que condiciona la divergencia de aguas entre las cuencas del Tajo y del Ebro a través del Tajuña, por un lado, y del Jalón y Mesa, por otro; Sierra de Solorio, situada en el centro del páramo, supone la divisoria de aguas hacia los ríos Jalón y Mesa. Estos ríos se constituyen en importantes vías de comunicación, posibilitando el acceso a amplias áreas. Sus pequeños afluentes facilitan el acceso al interior del páramo en sentido N-S o S-N.

En el clima destaca su carácter extremo, condicionado por el relieve y la elevada altitud media del territorio. Se incluye dentro del tipo mediterráneo templado frío con una marcada tendencia a la continentalidad. Es una zona seca, siendo el valor medio de la pluviosidad 500 mm. Las nevadas y las heladas

adquieren cierta importancia en su distribución anual. El verano es corto y suave, y los inviernos largos y muy fríos. A lo largo del tiempo la vegetación ha ido sufriendo variaciones naturales y antrópicas que han supuesto cambios en su fisonomía, mermando sustancialmente las zonas boscosas. Porcentualmente destaca el monte bajo o matorral (40%), que rodea a la gran mancha boscosa del centro del páramo; en muchas ocasiones, ambos se encuentran en forma mixta. La superficie arbolada (30%) está formada principalmente por sabinas y se localiza con mayor densidad en el sector central y oriental. El pastizal (25%) ocupa pequeñas extensiones concentradas sobre todo en el centro-sur. Las tierras de labor (25%) forman pequeñas manchas por todo el páramo y destacan los cultivos de cereal (trigo-cebada); la mala calidad de los suelos y la dureza del clima hacen que el aprovechamiento agrícola se califique de poco intenso.

La búsqueda y explotación de los recursos naturales ha constituido para los grupos protohistóricos una actividad capital en su economía, siendo una de las bases que garantiza su subsistencia. Parte de la explotación de materias primas ha supuesto la creación de un excedente que pudiera posibilitar contactos e intercambios con otros grupos de ámbitos próximos. Los recursos minerales son pieza clave dentro del desarrollo de estos grupos, ya que no en todas las zonas abundan estos (Madróñero y Agreda 1989: 109). En el interfluvio Alto Jalón-Mesa las mineralizaciones se encuentran en el reborde noroccidental y occidental, al igual que en el sureste, quedando vacío su interior (fig. 2). Destacan los afloramientos de hierro, seguidos en menor medida por los de cobre, plomo y plata. En general, se caracterizan por su pequeño tamaño e improductividad desde el punto de vista de la explotación moderna; pero ello no quiere decir que no fueran rentables en época protohistórica. Según se observa, existe una relación entre los focos metalíferos y la ubicación de algunos poblados. Todo hace pensar que muy bien pudieron ser aprovechados y controlados por estos grupos protohistóricos. Es bien conocida la importancia del hierro y del bronce en la cultura celtibérica, ya desde sus momentos iniciales, según se aprecia en los ajuares de las necrópolis, en los que hay un excelente trabajo del metal, fruto de un conocimiento bastante avanzado de la metalurgia (Martín Valls y Esparza 1992: 262 y 264) y de una infraestructura de explotación planificada y controlada (Arenas *et al.* 1995: 183).

Muchas mineralizaciones de hierro se sitúan a media ladera de lomas, en las que se perciben pequeños “escarbaderos”. Estas formaciones antrópicas se relacionan con pequeñas minas explotadas al aire

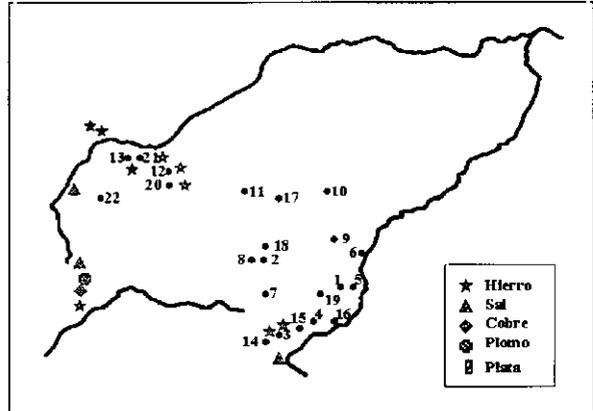


Fig. 2.- Mapa de yacimientos y recursos minerales de la zona de estudio.

libre (fig. 3). Posiblemente se deba a que “aprendieron a utilizar como mena los óxidos de hierro excavados en criaderos a cielo abierto”, justificándose, así, muchos yacimientos por “la existencia de una almagrera a pie del cabezo mismo o en la ladera del cerro de enfrente al yacimiento” (Madróñero y Agreda 1989: 112-113).

La explotación de la sal es conocida desde momentos antiguos, pero es a partir del Bronce Final y Edad del Hierro cuando se documenta un mayor uso. Es una materia prima básica en la metalurgia del hierro para templar el metal, en la ganadería y como medio de conservación de alimentos —salazones— (Ruiz-Gálvez 1985-86: 77, 1992: 229). Su utilización pudo determinar en parte la ubicación de algunos yacimientos en la zona del Alto Jalón, donde hay numerosas explotaciones salinas. El nombre mis-

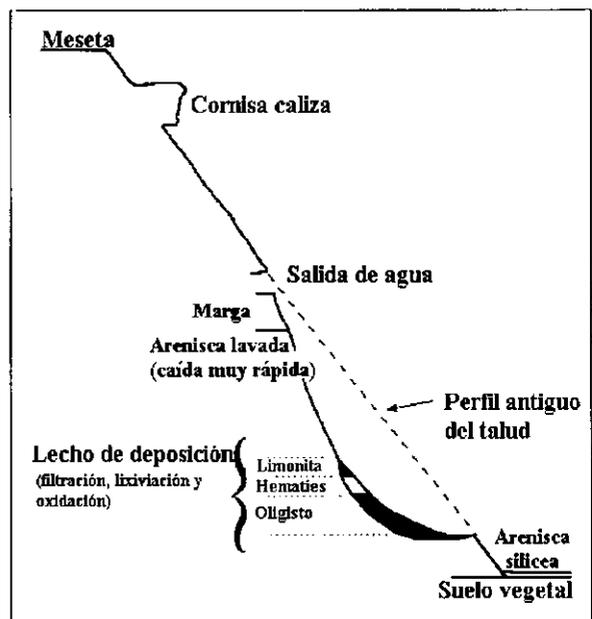


Fig. 3.- Representación gráfica de un modelo de mina protohistórica a cielo abierto (según Madroñero y Agreda 1989).

mo del río Jalón parece estar relacionado con la sal, ya que la raíz indoeuropea que da el nombre sal (Sal-) aparece en Jalón, siendo su forma antigua Salo (Villar 1991: 75).

La utilización primordial de muchos de los suelos del páramo es, a parte de la ganadera, la forestal, ya que, unido a otros factores (clima y pobreza de los suelos), sólo cabe este tipo de aprovechamiento, siendo susceptible de ser explotado el medio boscoso, de la misma forma que ha ocurrido en la sociedad tradicional de la zona, para abastecimiento de leña, elaboración de enseres domésticos, obtención de material de construcción y de carbón vegetal. Todo esto está denotando una rica variedad de actividades subsistenciales básicas para la vida cotidiana de los grupos humanos, que dependen de este tipo de recursos.

Si se analizan las vías actuales de comunicación, se observa que el páramo queda relegado a una zona marginal con respecto a éstas, ya que las carreteras importantes lo bordean: la N-II circula por el valle del Jalón y la N-211 transcurre por su límite sur. Las únicas carreteras existentes son pequeñas comarcales que unen los pueblos entre sí. Sin embargo, en esta zona se han detectado antiguas vías que muestran una realidad bien distinta (fig. 4). Por tanto, una misma área geográfica ha podido jugar un papel variado en relación a la importancia que ha ido teniendo en distintas épocas y en función de toda una serie de pautas culturales y económico-sociales.

De hecho, el interfluvio Alto Jalón-Mesa es, contrariamente, una zona "central", al ser un paso natural obligado que pone en relación amplias áreas importantes durante la Protohistoria. Por un lado, comunica el Ebro medio con el interior de la Meseta a través del río Jalón, diversificándose hacia el Alto Duero y hacia el río Henares, y con el Alto Tajo a través del río Mesa; por otro, comunica el Sistema

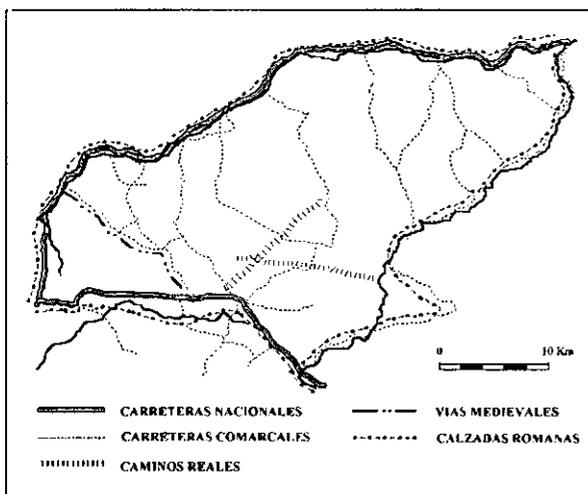


Fig. 4.- Mapa diacrónico de las vías de comunicación.

Ibérico y la zona levantina con el interior de la Meseta. Los pequeños valles que se encuentran dentro del páramo propiamente dicho conectan estas dos grandes vías de comunicación natural. Por tanto, el panorama de esta zona cambia sustancialmente y adquiere una trascendencia básica para entender las características concretas del patrón de poblamiento protohistórico, al igual que sus pautas de comportamiento y las relaciones y contactos con áreas relativamente distantes. De este modo, hay que destacar la importancia en la ubicación de este interfluvio con respecto a las posibilidades de comunicación, sobre todo en momentos antiguos, para ir perdiendo sucesivamente mayor protagonismo hasta nuestros días.

### 3. ESTUDIO GENERAL DEL POBLAMIENTO

Asumimos la idea propuesta por diferentes autores de que esta zona está ubicada en el área nuclear de la Celtiberia y defendemos una secuencia continua desde los primeros momentos formativos en fechas presumiblemente bastante antiguas. La continuidad poblacional y, por tanto, cultural se rastrea en el reiterado uso de las necrópolis y la ocupación de muchos poblados. En este sentido, la propuesta de periodización que mejor se ajusta al estudio del interfluvio Alto Jalón-Mesa es la de Arenas (1998), afín a la de Lorrio (1995a), viéndose confirmada principalmente en los yacimientos de La Torre I y II de Codes. Recientes estudios sobre la serranía de Albarracín han establecido una secuencia cultural que, a grandes rasgos, es relacionable con la que aquí se propone (Collado Villalba 1995).

#### 3.1. Periodo Protoceltibérico

##### 3.1.1. Emplazamiento y marco ambiental

Se conocen dos poblados ubicados en llano, La Era de Locón II de Balbacil (nº 1) y La Torre II de Codes (nº 2), que muestran unas características bien diferenciadas del poblamiento posterior y se sitúan en el sector sureste del interfluvio (fig. 5). La concentración de estos hábitats en el Alto Mesa permite pensar que esta vía de penetración fue la que utilizaron estas gentes hacia el páramo, conectando áreas importantes del sector central de la Meseta oriental: comarca molinesa y Alto Duero. Estos yacimientos están respectivamente a menos de 200 metros de dos poblados en altura de la fase siguiente: La Era de Locón I de Balbacil (nº 3) y La Torre I de Codes (nº 11), pudiendo suponer un cambio de elección de emplazamiento.

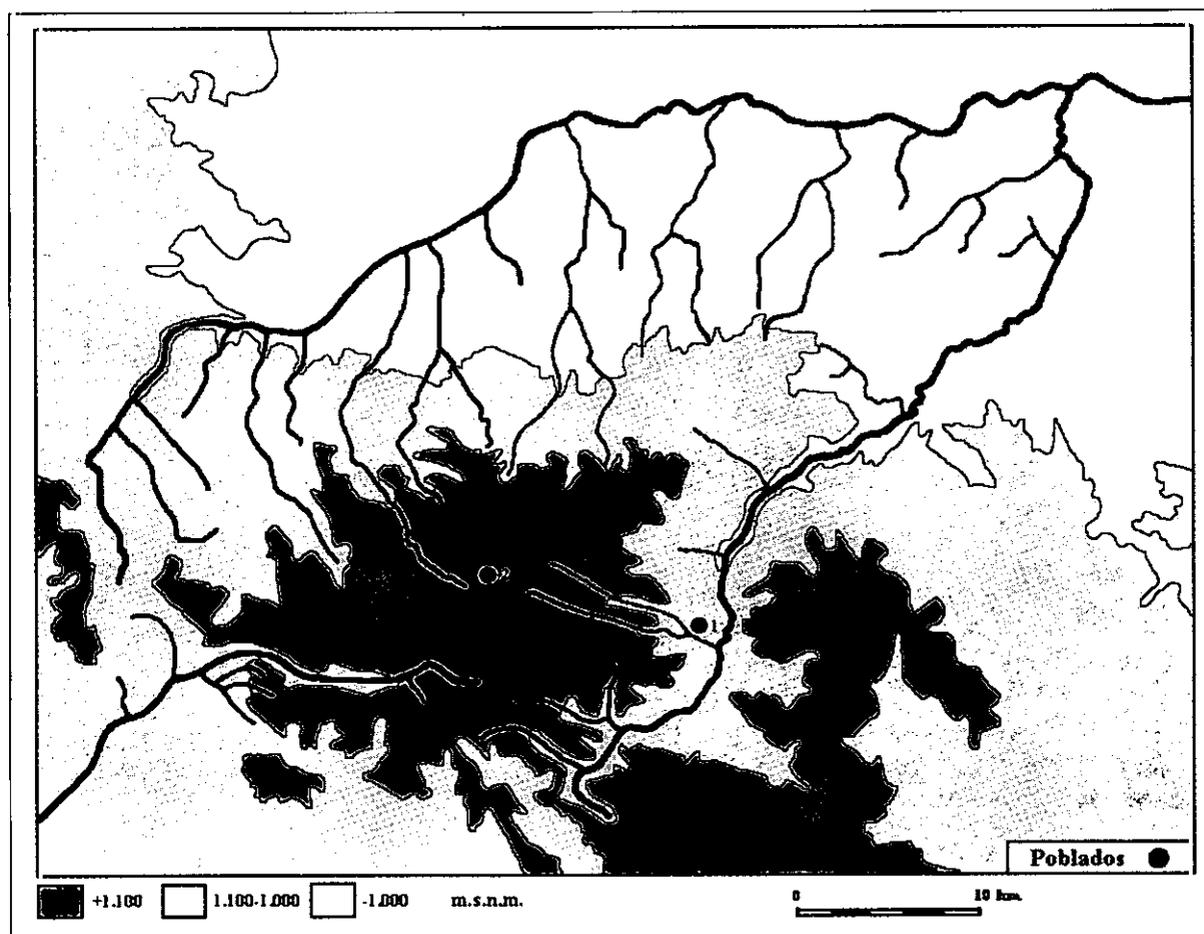


Fig. 5.- Poblamiento en el período Protoceltibérico: 1. La Era de Locón II (Balbacil); 2. La Torre II (Codes).

Se encuentran en lugares resguardados, ya sea en hoyas o en pequeños valles, siendo mínimo el control visual y nula su condición estratégica, debiendo asumir a priori su desinterés por controlar el territorio. Están en zonas donde destacan el bosque y el matorral, y muestran una preferencia por sitios donde el agua es muy abundante, pudiendo estar indicando una primacía económica de la agricultura complementada con la ganadería. Este tipo de emplazamiento es similar al de otros yacimientos, en los que se ha destacado el potencial agrícola, complementado con la utilidad de estas tierras como pastizales para uso ganadero (Barroso 1993: 23), como ocurre en Fuente Estaca (Martínez Sastre 1992: 73).

### 3.1.2. Organización del espacio habitado

Estos poblados están formados por un número variable de cabañas o estructuras dispersas construidas con materiales endebles; sólo son manchas cenicientas de forma ovalada o circular, en cuyo interior suelen aparecer restos de manteado de barro con improntas de ramaje. No hay constancia de estructuras defensivas para protegerse, pero esto no impide

que pudieran tener empalizadas o cercas de madera como forma de aislamiento. En cualquier caso, estos asentamientos no manifiestan ningún interés defensivo por su ubicación y organización.

Este tipo de hábitats muestra una disposición sin orden aparente de las estructuras domésticas en un espacio determinado. Características similares se han documentado en Fuente Estaca, en el que se exhumó una cabaña ovalada de 14-16 x 4,5-4 metros pavimentada con tierra apisonada y delimitada por una doble hilera de hoyos de poste (Martínez Sastre 1992: 71 y 73). En Pico Buitre hay manchas cenicientas ovaladas que no superan los 12 metros de longitud máxima (Crespo Cano 1992: 46), al igual que en otros yacimientos de similares características como La Piedra Cuatro Onzas (Villeg de Mesa) y Los Villarejos (Amayas) (Cebolla 1986: 254 y 268). De la misma forma pueden paralelizarse con fondos de cabañas de distintas zonas del interior peninsular, como los del tipo Soto I, la cabaña de El Castillejo de Fuensaúco (Alto Duero) (Romero y Misiego 1995) o el grupo de Madrid. Sin embargo, deben considerarse ciertas diferencias, aunque se incluyan dentro de un

esquema de hábitat similar: estructuras simples construidas con materiales endebles (barro y ramaje), cuyas raíces se hunden en la Edad del Bronce.

### 3.1.3. Cultura material

Este tipo de poblados ha proporcionado una profusa y rica cultura material, concentrada en torno a las manchas cenicientas, ya que, al estar en llano, actualmente son tierras explotadas para las labores agrícolas, razón que explica su gran alteración por los arados y la consiguiente abundancia de restos arqueológicos en superficie.

En el conjunto cerámico, elaborado exclusivamente a mano, se advierte la confluencia de diversas tradiciones y modas tanto formales como decorativas. Es sintomática la presencia de decoraciones que pudieran provenir de la tradición de Cogotas I sobre formas típicas de Campos de Urnas. Esto se observa en recipientes bitroncocónicos de carena alta muy marcada y borde recto o exvasado que presentan motivos geométricos excisos en el exterior, alternados con incisos tanto en el exterior como en el interior. La decoración excisa se localiza entre la carena y el hombro superior, y forma dos filas de triángulos, una contrapuesta a la otra, en todo el perímetro del recipiente. La incisión enmarca a la excisión, formando un motivo metopado; en el interior se dispone en zigzags horizontales o en retícula, como en Pico Buitre (Valiente 1984: fig. 11). Esta "disposición de temas diversos en metopas, combinando las técnicas de incisión y excisión, aparece en el Valle del Ebro", sobre todo su curso alto (*Ibid.*: 25). Precisamente en la zona alavesa existe un importante conjunto de excisión, en el que destacan los motivos triangulares (Llanos 1973). Para Ruiz Zapatero (1995: 28), este tipo decorativo es incorporado independientemente "en el Alto Ebro y Bajo Aragón por los grupos indígenas, dando lugar a las características cerámicas excisas de la Edad del Hierro del tipo Redal y Roquizal del Rullo", pudiéndose establecer el "nexo de unión" de ambos grupos en el Ebro Medio y, en concreto, en el Bajo Jalón (Pérez Casas 1986: 167). El Alto Duero es una zona de paso obligada hacia el Valle del Jalón y la ribera navarro-riojana del Ebro, con ejemplos manifiestos en Quintanas de Gormaz, Numancia y Castilviejo de Yuba (Ruiz Zapatero 1984a: 175 y 179); de igual manera se interpreta Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Jimeno y Fernández 1985: 59-62). Para el interior peninsular se ha propuesto que el impacto de Campos de Urnas se detecta en la excisión y en ciertas formas bicónicas (Martín Valls y Delibes 1976: 15).

En cuanto a las formas de los recipientes de estudio (fig. 6) destacan, como ya se ha apuntado, los

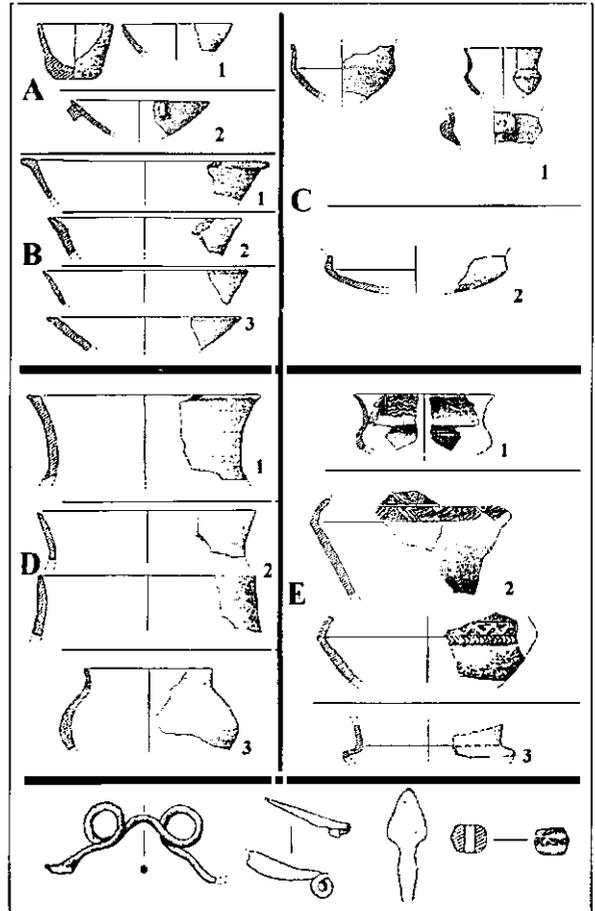


Fig. 6.- Tabla de formas cerámicas y objetos metálicos del periodo Protoceltibérico.

recipientes bicónicos de carena alta marcada y borde exvasado (tipo E), que remiten a influjos de Campos de Urnas, encontrándose sus referencias en el Ebro Medio. En el tipo C se observan correspondencias con otras zonas, como con los niveles inferiores de Soto de Medinilla (Delibes *et al.* 1995b: 171) que se paralelizan con modelos del sur y levante peninsular (Delibes *et al.* 1995a: 67). En cualquier caso, la cuenca del Duero y la zona oriental de la Meseta reciben unos influjos parecidos, pero hay que tener en cuenta las distintas vías de llegada a ambas zonas: el suroeste peninsular a través de la vía de la Plata para la primera, y el Levante y Sureste para la segunda. Otras formas son vasos de tendencia semiesférica y troncocónicos (tipo A), fuentes (tipo B), perfiles en "S" y bitroncocónicos de cuello cilíndrico (tipo D). Destacan los mamelones verticales perforados y los cordones sencillos o múltiples. Algunos motivos decorativos pudieran recordar la idea de la técnica del boquique, aunque ciertamente no es similar, pero estaría reflejando unos modelos típicos del Bronce meseteño. El acanalado y el peinado de las superficies son motivos íntimamente relacionados con los Cam-

pos de Urnas. El grafitado aparece en un porcentaje mínimo, pudiendo estar indicando la introducción de esta moda decorativa en estos momentos. La decoración estampillada a base de series de círculos dispuestos en horizontal remite a ambientes del Bronce Medio (Valiente 1984: 30), perviviendo en momentos finales del Bronce Final en contextos de final de Cogotas I. La zona levantina parece ser el área original de algunos tipos carenados, que se documentan en el Sudeste y Levante como un precedente regional (Arteaga 1976: 186) dentro del Bronce Final, siendo su límite la recepción de los primeros impactos coloniales (Arteaga y Serna 1975). Por consiguiente, se vislumbra un eje general entre el Sureste peninsular y la Meseta, en virtud de las concomitancias de cultura material para contextos antiguos (Valiente *et al.* 1986: 66; González Prats y Ruiz Segura 1990-91: 70).

Otro conjunto a destacar es la relativa importancia de la industria lítica de sílex y cuarcita trabajada sobre lasca y núcleo, presente en poblados como Pico Buitre que hay que vincular con la tradición de la Edad del Bronce (Valiente 1984: 34) y San Jorge (Plou) (Lorenzo Magallón 1985-86: 42). Los objetos metálicos son escasos pero muy significativos; son piezas sencillas manufacturadas en bronce. La punta de flecha de La Torre II (Codes) pudiera equipararse a la de La Piedra Cuatro Onzas (Vilhel de Mesa), considerada como "*perteneciente a la fase de los Campos de Urnas*" (Cebolla 1992-93: 187). No obstante, destacan una fíbula de codo en La Torre II (Codes) y otra aparecida en La Era de Locón II (Balbacil) que se relaciona con las de bucle. Las fíbulas de codo son de los tipos más antiguos peninsulares; se inscriben en el marco de las relaciones mediterráneas durante el Bronce Final, "*siendo muy pronto producidas por los talleres indígenas, aunque simplificando las formas*" (Royo 1980: 283). El hallazgo de estos broches no es un hecho aislado en estas tierras, como lo demuestran las dos fíbulas de codo de La Cabeza de la Gómez (Vilhel de Mesa) (Cebolla 1992-93: 185-186). La fíbula de Balbacil es de pequeñas dimensiones y conserva únicamente la mortaja y el puente, que está formado por un alambre de sección circular que se dobla en los laterales formando dos espirales. Precisamente, este ejemplar puede ser una versión simplificada que recuerda a los de tradición etrusca, concretamente del Lacio Periodo II B, fechado entre el 830 y el 770 a.C. (Lucas Pellicer 1987: fig. 6.1), y del sur de la península itálica, aunque estos ejemplares tienen tres espirales (Sundwall 1943: 148). Con esto no se pretende admitir que realmente hubiera un contacto directo, sino más bien un circuito de relaciones indirectas desde la costa levanta-

na con el interior peninsular, que se plasma en la recepción de ideas o, incluso, de objetos por distintas vías, o que implique una imitación local de prototipos foráneos en los que destaca su gran simplificación.

No es aventurado admitir que en el periodo Protoceltibérico se vislumbra una cierta influencia de modelos mediterráneos. En apoyo de estos influjos incipientes destacan, además de las fíbulas comentadas, una cuenta de pasta vítrea. Por tanto, se está marcando el inicio de una corriente cultural y/o económica que va a ir acrecentándose en importancia durante épocas posteriores, manifestando una etapa de gran dinamismo cultural. Las fíbulas halladas en estos y otros poblados destacan por su evidente carácter de bien de prestigio, relacionado con las telas (Ruiz-Gálvez 1995: 139), ya que ambas mercancías están íntimamente vinculadas. Según Delibes, la presencia de objetos de lujo de procedencia foránea (ej.: fíbulas de codo) no se debe tanto a una relación propiamente comercial, como a una política de intercambios de regalos o de bienes y no de mercancías por parte de los miembros más destacados de la sociedad (Delibes *et al.* 1995a: 56).

#### 3.1.4. Cronología

Los hábitats de estudio se pueden relacionar con Pico Buitre, que aporta dos fechas de C-14 en el inicio del siglo X a.C.:  $1040 \pm 90$  y  $950 \pm 90$  a.C. (Crespo y Cuadrado 1990: 77). Otro buen ejemplo lo representa la fecha radiocarbónica de la cabaña de Fuente Estaca:  $800 \pm 90$  a.C., que, unida al conjunto material allí exhumado, indica una cronología en torno a los siglos IX-VIII a.C. (Martínez Sastre 1992: 77). Estas dataciones marcan el momento a partir del cual hay que encuadrar los poblados protoceltibéricos de la zona de estudio, porque, a pesar de mostrar formas de emplazamiento y hábitats similares, parte del material arqueológico de estos últimos hace que haya que considerarlos ligeramente más modernos.

Varios autores han relacionado de alguna manera la excisión con los aportes o influencias de Campos de Urnas. Sin embargo, no es un ambiente "puro", sino mezclado con otros elementos diversos que, en definitiva, dan entidad a estos grupos protohistóricos. El tema decorativo de triángulos excisos alternando con motivos incisos es el más abundante en el repertorio decorativo de la cerámica excisa del valle del Ebro. En El Redal III, fechado en torno a los siglos VIII y VII a.C. según la datación de C-14:  $680 \pm 50$  a.C. (Álvarez Clavijo y Pérez Arrondo 1987: 120), las excisas aparecen junto con decoración acanalada. Igualmente, en el Alto Duero se asiste a la confluencia de cerámicas excisas, incisas, aca-

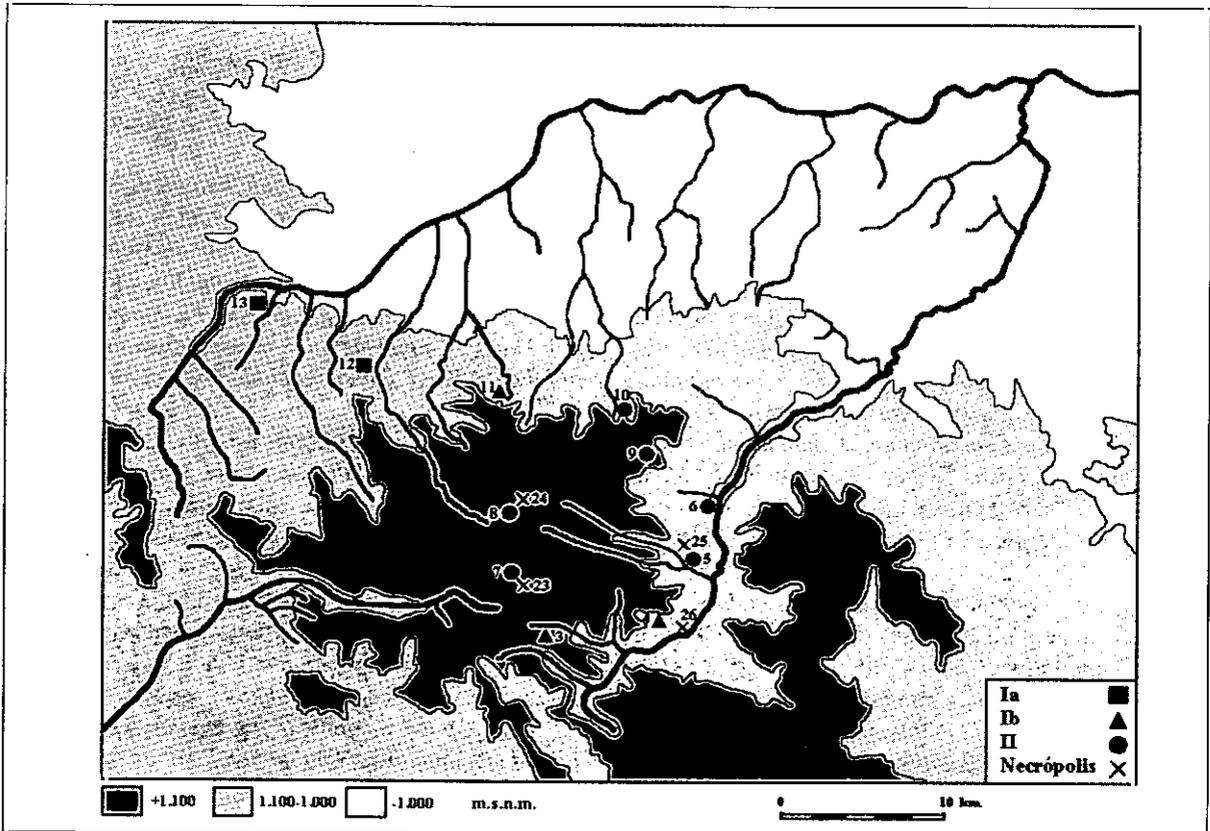


Fig. 7.- Poblamiento en el periodo Celtibérico Antiguo A: 3. Cabeza de Maranchel (Turmiel); 4. Corrales Lastoriana (Turmiel); 5. La Era de Locón I (Balbaci); 6. El Horcajo (Mochales); 7. La Virgen de Llubio (Clares); 8. La Torre I (Codes); 9. Cerro de los Hoyos (Codes); 10. Cerro de la Lagunilla (Irucha); 11. Cerrillo Carralconchel (Judes); 12. Alto de la Solana (Sagides); 13. La Coronilla (Vehilla de Medinaceli); 23. La Navafría (Clares); 24. La Torre III (Codes); 25. Modojos (Codes); 26. El Tejar (Turmiel).

naladas y grafitadas; esto evidencia, según Ruiz Zapatero (1984a: 177), que alrededor del 700 a.C. elementos de Campos de Urnas remontan el Jalón y se extienden por el Alto Duero, valorando la conexión entre el último Cogotas y el horizonte Redal en un contexto relacionado con la facies Pico Buitre (Romero y Ruiz Zapatero 1992: 107). La presencia de excisión en poblados del Bajo Jalón se ha fechado a mediados del siglo VII a.C. (Pérez Casas 1986: 167).

Las vasijas de carenas altas muy marcadas y borde saliente están identificadas en ambientes costeros del Sureste y Sur peninsular. En las primeras fases de Los Saladares se relacionan con el horizonte preibérico en un momento en torno al siglo VIII a.C. (Arteaga y Serna 1979-80: 112). Peña Negra I, datado en el mismo siglo, ofrece unos vasos carenados semejantes (González Prats 1979: 195). Schubart (1971: 171) fecha en los siglos IX-VIII a.C. los vasos con carena alta y decoración bruñida del Bajo Guadalquivir, pertenecientes al Bronce tardío y dentro de la línea de desarrollo de la cerámica indígena. En el Bronce Final II aparecen poblados nuevos: Vinarragell, Peña Negra, Los Saladares y Los Villares de Caudete de las Fuentes, que inauguran una fase cul-

tural desconectada del Bronce Valenciano en el siglo VIII a.C., pudiéndose retrotraer al siglo IX a.C. para sus niveles inferiores (Gil-Mascarell 1985: 148-149).

Se atisba una línea de relaciones entre el interior peninsular y la costa mediterránea para las formas carenadas de El Cerro de San Antonio de Madrid, proponiéndose unas fechas en torno a los siglos VIII-VII a.C. (Blasco *et al.* 1985: 271 y lám. II); lo mismo sucede con las de El Soto inicial, siglos IX-VIII a.C., al equipararlas con las de Peña Negra (Delibes *et al.* 1995b: 175). Dicha semejanza es también patente en el Bajo Aragón, como lo demuestra San Jorge de Plou, fechado entre los siglos VIII y VII a.C., y vinculado a un "grupo con fuerte sustrato indígena, en donde se habían introducido nuevos aportes culturales y comienza a utilizar unas nuevas técnicas que adapta, en ocasiones, a su producción local" (Lorenzo Magallón 1985-86: 58 y 61).

### 3.2. Periodo Celtibérico Antiguo A

#### 3.2.1. Emplazamiento y marco ambiental

El número de yacimientos aumenta considerablemente en relación con el periodo anterior (fig.

7). Se asiste a la generalización de los hábitats en altura, siendo uno de los rasgos definitorios del poblamiento celtibérico. Estos poblados tienen un valor estratégico de control inmediato, siendo mínimo o nulo a mayores distancias. No hay constancia de intervisibilidad entre los diferentes asentamientos. No obstante, un grupo de yacimientos (nº 3, 4, 11, 12 y 13) ocupa lugares muy elevados con respecto al entorno, lo que les confiere una gran visión del territorio, pero siempre dentro de un control sectorial o parcial condicionado por el relieve accidentado de este territorio.

La zona escogida por los poblados es de páramo, con una elevada altitud media, donde destaca el matorral, que indica, al igual que sucede ahora, el predominio de la ganadería, básicamente ovicaprina, complementada con pequeños cultivos cerealistas y de leguminosas de base subsistencial. También se observa una relación de algunos asentamientos con mineralizaciones de hierro: Cabeza de Maranchel de Mazarete (nº 3), Alto de la Solana de Sagides (nº 12) y La Coronilla de Velilla de Medinaceli (nº 13), que evidencian el control y explotación de dichos afloramientos. En este sentido, hay que destacar que el interfluvio Alto Jalón-Mesa juega un papel importante, al alinearse *“con la vía de comunicación... que relaciona los focos metalúrgicos de la zona de Teruel y las salinas del Alto Jalón y a su vez el Bajo Aragón y la Meseta, a través de Molina de Aragón, Maranchón y Medinaceli”* (Jimeno y Arlegui 1995: 104).

Ahora los asentamientos se distribuyen por todo el territorio del interfluvio, disponiéndose sobre todo en las cabeceras de los ríos y bordeando lo que es estrictamente el páramo, aunque sigue habiendo una concentración en el sector sureste. Esto está relacionado con el control de las vías fluviales, que son los únicos pasos naturales que permiten acceder al interior del páramo, y conectan los cursos altos del Jalón, Mesa y Tajuña y, por consiguiente, las cuencas del Tajo y del Ebro. El único caso que se distancia relativamente de este esquema es La Torre I de Codes (nº 8), al ubicarse justamente en el centro del páramo; esta circunstancia se debe a que es un lugar estratégico de cruce de caminos entre las vías de comunicación mencionadas. De esta manera, se establece una conexión con el centro-sur de la provincia de Soria, la comarca molinesa y Albarracín, zonas donde también hay yacimientos celtibéricos antiguos.

### 3.2.2. Organización del espacio habitado

Desde los inicios del periodo Celtibérico Antiguo se vislumbra un cambio de trascendental importancia en los patrones y morfología del poblamiento. El poblado en altura, muchas veces protegido

no sólo de forma natural, sino por la construcción de todo un sistema defensivo más o menos complejo, se convierte en el módulo habitacional característico de la cultura celtibérica. Dichos poblados se crean de nueva planta —al menos no hay evidencias más antiguas en ellos—, y suponen una radical sustitución de los patrones de asentamiento en relación con la etapa precedente. En función de la extensión estos asentamientos denotan dos grandes variantes (tabla I). En primer lugar, hay un grupo (I) que sobrepasa una hectárea de extensión (nº 3, 4, 11, 12 y 13) y se emplaza en grandes lomas de elevada altitud, desde las que se domina bastante territorio; no están amurallados, a excepción de los nº 12 y 13. Por ello, parece vislumbrarse la existencia de dos subgrupos, uno de poblados amurallados (Ia) y otros sin amurallar (Ib); en el primero las plantas son poligonales, mientras que en el segundo son elípticas. En ellos no se observan acumulaciones de piedras, lo que hace suponer que el espacio habitado estaría formado por cabañas construidas con materiales endebles, que se disponían en la parte superior de grandes lomas para estar más protegidos. Ya Taracena (1929) atribuyó cabañas de madera, ramajes y manteado de barro a los castros más antiguos del Alto Duero. Así, pueden considerarse como un tipo de hábitat transicional entre el característico del periodo Protoceltibérico y el que posteriormente se va a generalizar.

En segundo lugar, hay otro grupo (II) que tiene unas dimensiones sustancialmente menores, no sobrepasando la media hectárea (nº 5, 6, 7, 8, 9 y 10). Todos estos enclaves están amurallados, a excepción del nº 6. Se ubican en cerros aislados y espulones de pequeña o mediana altitud, no son muy inaccesibles y presentan una variedad formal de plantas (circular, elíptica y rectangular). En estos poblados hay acumulaciones de piedras que denotan la construcción de estructuras con este material, como lo constata la estructura angular formada por un zócalo de piedra caliza y recrecido de tapial en el nivel inferior de La Torre I de Codes, siendo un modelo constructivo atestiguado en numerosos yacimientos de la misma época (Almagro Gorbea 1994: 24).

CELTIBÉRICO ANTIGUO A		
I		II
>1 hectárea		1/2 hectárea
loma		cerro aislado
poblados de cabañas		poblados de casas rectangulares
Ia	Ib	
amurallados	sin amurallar	amurallados

Tabla I.- Agrupamientos de los poblados del periodo Celtibérico Antiguo A.

La distancia al vecino más próximo aporta datos de sumo interés en relación con el patrón de poblamiento (tabla II). Se advierte que el grupo Ia se encuentra a una distancia comprendida entre 15-25 km, mientras que el Ib está entre 10-15 km y el II entre 5-10 km. A través del *índice de vecindad* (*Iv*) se comprueba la separación de los tipos I y II. Mediante el cálculo del *índice de distancia de yacimientos* (*Id*) se establece la división entre los tipos Ia y Ib. El *centro de gravedad* global (*Cg<sup>1</sup>*) se sitúa en el sector sureste del interfluvio; sin embargo, si se realiza por tipos de asentamiento (*Cg<sup>2</sup>*) se observa que los correspondientes a los grupos Ib y II coinciden con el anterior, mientras que el Ia se queda en una posición periférica con respecto a los demás.

Los únicos sistemas defensivos artificiales detectados son las murallas, que presentan unos rasgos constructivos similares: están realizadas con piedras calizas sin trabajar, trabadas en seco y constan de dos paramentos, uno exterior y otro interior, entre los que hay un relleno de piedras. Suelen ser perimetrales, salvo en aquellas partes escarpadas en que no son necesarias, se amoldan a la topografía del terreno, se apoyan normalmente en la roca madre y el grosor medio se sitúa entre 2,5 y 3 metros. El acceso hacia el interior de los poblados se realiza mediante una rampa dispuesta en la zona oriental o suroriental, quedando más resguardada de los vientos dominantes del oeste. Se distinguen dos tipos de entradas, unas consisten en la interrupción de la muralla: Cerro de la Lagunilla (nº 10) y La Coronilla (nº 13), y otras suponen un sencillo sistema acodado o en esviaje: La Virgen de Llubio (nº 7) y El Alto de la Solana (nº 12). Estos tipos de entradas se documentan también en otros muchos yacimientos protohistóricos

(Romero 1984: 15; Esparza 1986: 247; Martín Bravo 1996: 184), ya que son soluciones sencillas.

A partir de este periodo se constatan las primeras necrópolis de incineración, vinculadas a los poblados de este momento por su cercanía: La Virgen de Llubio de Clares (nº 7), La Torre I de Codes (nº 8) y La Era de Locón I de Balbacil (nº 5) se relacionan con las necrópolis de La Navafría (nº 23), La Torre III (nº 24) y Modojos (nº 25) respectivamente, con lo que se añade un elemento importante a nivel cultural para su definición como celtíberos. Estos cementerios siguen en uso en los periodos siguientes, pudiéndose hablar de una *continuidad cultural* (Lorrio 1993: 306, 1995b: 219). La existencia de estas tres únicas necrópolis adscritas a este periodo, plantea dos explicaciones posibles: una, afirmar que cada poblado tenía su respectivo cementerio, aunque no se hayan documentado todos ellos en prospección por la dificultad que plantea la localización de este tipo de yacimiento; otra, la consideración de que sean lugares rituales aglutinadores de otras poblaciones (Arenas y Cortés 1995). En cualquier caso, estas necrópolis están en lugares que destacan por su enorme concentración poblacional a lo largo del tiempo.

### 3.2.3. Cultura material

También se detectan cambios con respecto al periodo anterior que afectan a los tipos y decoraciones. Sin embargo, también se evidencia la pervivencia y desarrollo de ciertos tipos que en gran medida subsisten, acoplándose definitivamente al elenco material celtibérico. Así, se constatan ya muchos de los elementos que dan carta de presentación a las gentes celtibéricas.

El material cerámico está elaborado a mano

Tipos	Nº	0-5 Km	5-10 Km	10-15 Km	15-20 Km	20-25 Km	25-30 Km	Iv	Id
Ia	12	0	2	1	4	3	0	1,24	1,29
	13	0	1	1	1	4	3	1,24	1,68
Ib	11	0	4	5	1	0	0	1,5	0,91
	3	0	3	4	1	1	0	0,75	0,95
	4	0	6	1	1	1	1	1,11	0,99
II	5	1	5	2	0	1	1	0,75	0,93
	7	2	3	3	1	1	1	0,75	0,81
	9	1	6	1	1	1	0	0,75	0,75
	8	1	5	3	1	0	0	0,87	0,75
	10	1	4	3	1	1	0	0,99	0,92
	6	1	3	4	0	1	1	0,75	0,97

Tabla II.- Gráfico de distancias: número de yacimientos que hay en cada intervalo de distancia expresada en km., Índice de vecindad (*Iv*) e Índice de distancia de yacimientos (*Id*).

(fig. 8). Algunas formas provienen de la influencia de los Campos de Urnas del Hierro, como las vasijas bicónicas de cuello cilíndrico y borde recto y/o exvasado y las globulares; también hay carenas medias pronunciadas (tipo B). Abundan los grandes recipientes de almacenamiento (tipo D), de superficies poco cuidadas, mayoritariamente lisas, aunque también hay decoraciones de cordones, unguilaciones, mamelones verticales y algún asa. Los recipientes medianos (tipo B) y pequeños (A) tienen superficies más cuidadas; alguno está decorado con pintura postcocción —formando motivos geométricos— y con grafitado; en La Era de Locón I (n° 5) hay un fragmento inciso, que muy bien puede estar denotando perduraciones anteriores. Los fondos de las vasijas (tipos C y E) son planos y de pie anular. También hay morillos macizos de forma prismática que presentan perforaciones; el aparecido en el yacimiento n° 8 conserva restos de pintura postcocción y grafitado, y el del n° 9 restos de grafitado, lo cual invalida la teoría de su función relacionada con el fuego, al menos en algunos casos como éstos, puesto que el grafito se volatiliza por encima de los 300°C (Giot *et al.* 1968: 11-12).

Por consiguiente, hay dos tipos decorativos que caracterizan a este periodo: las cerámicas grafitadas y pintadas. Las primeras están ya presentes de forma muy tímida aún en el periodo anterior pero alcanzan su mayor apogeo en estos momentos; las segundas aparecen ahora. Estas nuevas fórmulas decorativas sustituyen a las anteriores, comportándose como una auténtica moda. Todos los vasos que tienen estas técnicas decorativas presentan buenos acabados de sus superficies, pudiéndose incluir dentro de la vajilla de “lujo”, ya que, en principio, no permiten ninguna otra funcionalidad, sobre todo de cocina. Ambas decoraciones están documentadas en los mismos niveles de ocupación, como ocurre, por ejemplo, en la Coronilla I (Cerdeño 1992-93: 199), El Pinar (Arenas 1987-88: 110) y Riosalido (Valiente 1982: 129), al igual que en otros muchos puntos de la geografía peninsular (Almagro Gorbea 1977: 458), siendo difícil establecer sus orígenes.

La técnica decorativa del grafitado se constata en el nivel inferior de la Torre I de Codes (n° 8), La Era de Locón I de Balbacil (n° 5), La Virgen de Llubio de Clares (n° 7) y Cerro de los Hoyos de Codes (n° 9). Consiste en una ancha franja que cubre toda la superficie, tanto en el exterior como en el interior y siempre en su mitad superior, dando en ciertos casos una apariencia metálica. Este mismo tratamiento se documenta en todo el reborde oriental de la Meseta, marcando un núcleo importante que hay que vincular con el horizonte Riosalido (Valiente y Ve-

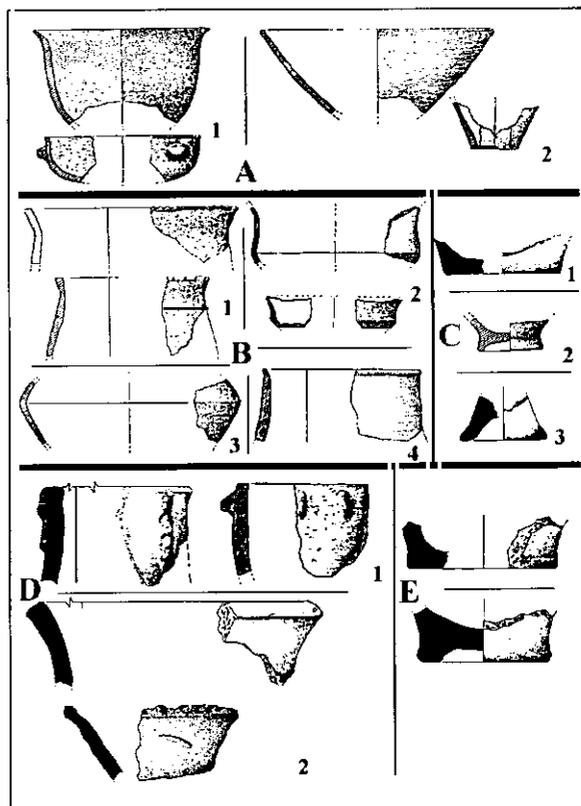


Fig. 8.- Tabla de formas cerámicas del periodo Celtibérico Antiguo A.

lasco 1986: 84). La pintura postcocción se documenta en el nivel inferior de La Torre I de Codes: aparece en el exterior de las cerámicas y alternan los colores rojo y amarillo en motivos decorativos geométricos y vegetales formando metopas. Estas piezas tienen sus paralelos formales más inmediatos, sin duda alguna, tanto por la bicromía como por la composición ornamental, en el lote de Riosalido. Este conjunto destaca por un “*mestizaje de elementos indígenas y colonizadores*”, ya que “*se trata de productos indígenas en los que pesa una herencia cultural fuertemente celtizada, pero en los que se aprecian rasgos del mundo mediterráneo*” (Fernández-Galiano 1979: 44-46).

### 3.2.4. Cronología

Las pautas de poblamiento y los rasgos característicos del conjunto material hacen que a partir de ahora se pueda hablar con toda certeza de la cultura celtibérica en sus momentos iniciales. Esta etapa debe relacionarse con la facies Riosalido, conformándose una unidad cultural en, al menos, el norte de Guadalajara y sur de Soria. Así, se presenta como “una provincia cultural” en el inicio de la Edad del Hierro (Valiente y Velasco 1988: 110), que se reconoce geográficamente en la franja interior del Sistema Ibérico. En esta etapa cultural destacan las cerá-

micas pintadas y grafitadas, los poblados en altura y las primeras necrópolis de incineración. El conjunto de cerámica pintada de Riosalido se ha datado “*en el siglo VI o tal vez poco antes*” (Fernández-Galiano 1979: 47); por su parte, Valiente (1982: 135) constató la técnica del grafitado en algunos vasos pintados y ha establecido un marco cronológico entre finales del siglo VIII y comienzos del VII a.C. Para Blasco (1980-81: 91) las cerámicas pintadas responden a un fenómeno cultural que se inicia en el siglo VIII a.C. como consecuencia de las influencias de Campos de Urnas. En El Pinar (Chera) las cerámicas pintadas y grafitadas se fechan entre los siglos VII y VI a.C. (Arenas 1987-88: 112). Un contexto similar se encuentra en el segundo nivel de ocupación de El Castillejo de Fuensaúco, fechado en el siglo VI a.C. y relacionado con los poblados tipo Riosalido (Romero y Ruiz Zapatero 1992: 110).

Para perfilar su ámbito cronológico hay que arrancar en la polémica fecha de C-14 de La Coronilla I (Chera): 950 a.C. (Cerdeño y García Huerta 1992: 97-98), que ha servido para datar varios contextos del Hierro Antiguo. Sin embargo, de este poblado se publican cuatro fechas muy dispares del mismo nivel que sencillamente invalidan a la que se toma como referente. No obstante, ha sido utilizada erróneamente para encuadrar la facies Riosalido, como se evidencia en Cerro Almudejo (Sotodosos), para datar su inicio en el siglo IX a.C. (Valiente y Velasco 1986: 90). Por ende, hay autores que critican esta cronología porque asumen que, si las cerámicas grafitadas dependen de los Campos de Urnas del Ebro, “*tendrían que ser necesariamente posteriores al siglo VIII a.C., que es la fecha más alta para las grafitadas del Valle del Ebro*” (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258).

Aunque se haya señalado La Ermita de la Vega (Cubillejo de la Sierra), fechada en el siglo VII a.C., como yacimiento indicativo del “*final de la facies Riosalido, enlazando ya con el ambiente de la plena celtización*” (Valiente y Velasco 1988: 117); es más correcto citar El Turmielo como poblado que sí está marcando este momento final, al evidenciar un nivel de destrucción violenta y un conjunto material en el que las influencias externas cobran suma relevancia como elementos que incentivan, conducen y dan carácter a las transformaciones que desembocan en el mundo celtibérico plenamente consolidado desde mediados del siglo VI a.C. (Arenas y Martínez Naranjo 1993-95: 112 y 121).

En este periodo se advierten grandes influjos de los Campos de Urnas del Hierro procedentes del valle del Ebro, aunque su evolución es bien distinta. Estos elementos que se introducen paulatinamente

tienen un origen inmediato en el Ebro Medio, representado en el nivel PIIB de Cortes de Navarra (650/550 a.C.). A partir de mediados o finales del siglo VII a.C. hay una multiplicación de asentamientos, las primeras necrópolis, “*la progresiva desaparición de las cerámicas acanaladas e incisas y su sustitución por la tradición de vasos lisos de cuello cilíndrico y la introducción de la metalurgia del hierro*” (Ruiz Zapatero 1995: 36).

### 3.3. Periodo Celtibérico Antiguo B

#### 3.3.1. Emplazamiento y marco ambiental

El número de poblados con respecto al periodo anterior es similar (fig. 9). Se sitúan en los cursos altos de los ríos, bordeando el páramo propiamente dicho, a excepción de los números 8 y 18, cuya posición en el centro se explica por estar en un cruce de caminos que comunica el curso alto de los ríos Tajuña, Jalón y Mesa. Todos tienen un componente estratégico, aunque, a diferencia de algunos de la etapa anterior —grupo I—, se encuentran en cerros menos elevados y más en contacto con los pequeños valles, pudiendo indicar una mayor orientación agrícola como complemento a la ganadería. Aunque algunos parecen ocuparse por primera vez, hay casos de una continuidad desde la etapa anterior: La Era de Locón I de Balbacil (nº 5) y La Torre I de Codes (nº 8). El control visual que ejercen sobre el territorio circundante sigue siendo parcial, no existe intervisibilidad entre los yacimientos y tienden a agruparse en el sector sureste del interfluvio.

La relación con la metalurgia del hierro es ahora todavía más evidente. El Cerrillo del Arenal de Sagides (nº 20) y La Rivilla del Charco de Velilla de Medinaceli (nº 21) se localizan respectivamente al lado de poblados del periodo anterior que tenían esta misma correlación: Alto de la Solana (nº 12) y La Coronilla (nº 13). Valdeclares (nº 15) es un pequeño asentamiento situado a menos de 200 metros de un afloramiento férrico, en el que hay “*escarbaderos*” a media ladera, hallándose algunos fragmentos de cerámica a mano asimilables a los del yacimiento; todo hace pensar que sea un establecimiento ligado a la actividad minera. La cercanía de algunos yacimientos a afloramientos metalíferos de la comarca molinense está poniendo de relieve “*la existencia de poblados dedicados a actividades relacionadas con la minería y los procesos de transformación del metal*” (Arenas 1993: 290). Según Lorrio (1995a: 457), “*hay que pensar que una parte importante de las armas y los útiles de hierro recuperados en poblados y necrópolis —y esto es extensible también a adornos y joyas— fueron fabricados en talleres locales*”.

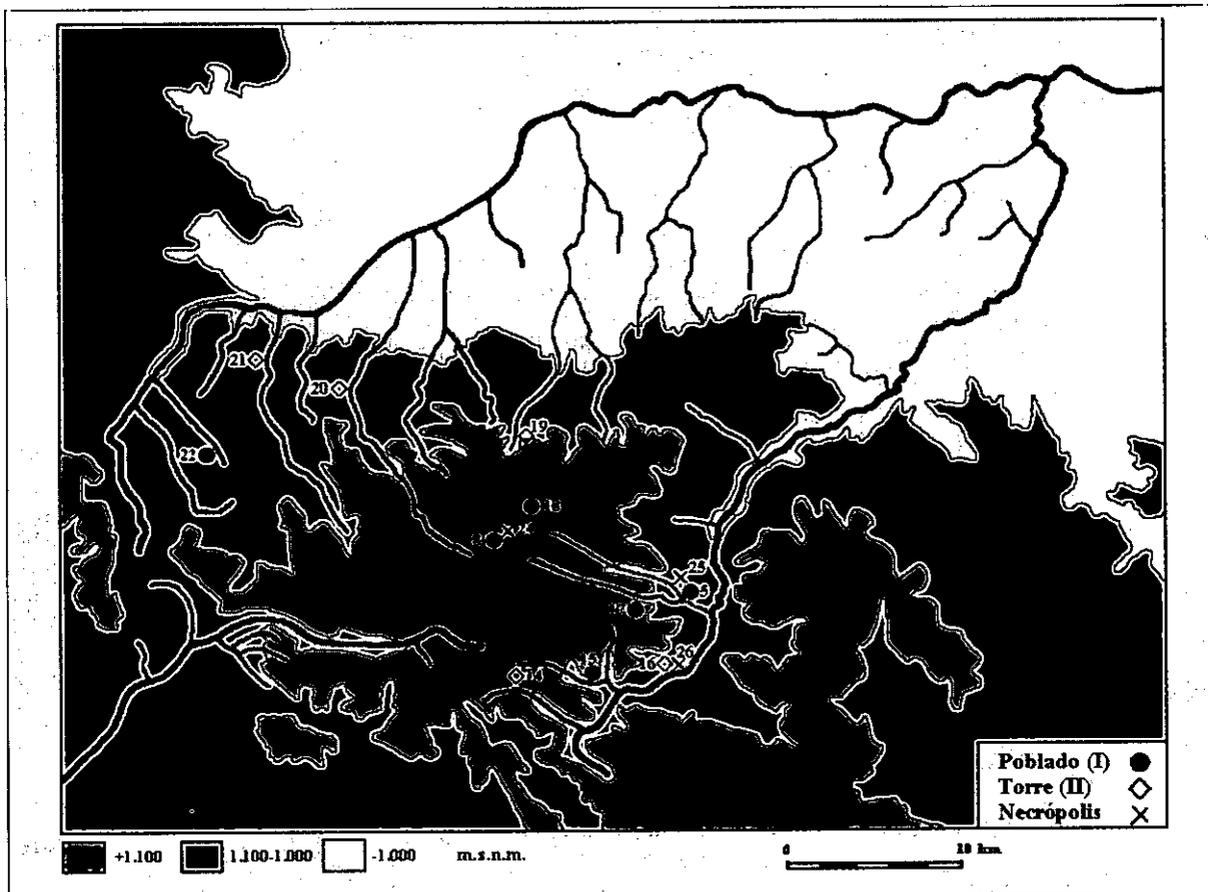


Fig. 9.- Poblamiento en el periodo Celtibérico Antiguo B: 5. La Era de Locón I (Balbacil); 8. La Torre I (Codes); 14. La Torre (Mazarete); 15. Valdeclares (Turmiel); 16. La Torre (Turmiel); 17. Ribagorda (Balbacil); 18. El Castillejo (Codes); 19. Cerrillo Mayorazgo (Judes); 20. Cerrillo del Arenal (Sagides); 21. La Rivilla del Charco (Velilla de Medinaceli); 22. Cerro de la Riva (Arbujuelo); 24. La Torre III (Codes); 25. Modojos (Codes); 26. El Tejar (Turmiel).

### 3.3.2. Organización del espacio habitado

Todos los enclaves se encuentran en alto, están amurallados y ocupan en su inmensa mayoría cerros aislados o, en algún caso, espolones de pequeña o mediana altitud; muestran unas plantas de formas diversas: circular, elíptica, rectangular o poligonal. En relación a su extensión se observan dos grupos que manifiestan unas peculiaridades específicas y, por tanto, una funcionalidad concreta (tabla III). En el primero (tipo I) se incluye a aquellos que oscilan entre 0,3 y 1 hectárea (nº 5, 8, 17, 18 y 22); estos asentamientos tienen una serie de rasgos que los identifican como poblados, es decir, lugares habitacionales. En el segundo (tipo II) están en torno a 0,1 hectárea (nº 14, 16, 19, 20 y 21); su reducida superficie hace más precisa su categorización como torres, entendiéndose por tales pequeños enclaves relacionados con puestos de vigilancia y control. Se ubican siempre en cerros testigos cónicos y de mayor inaccesibilidad; las plantas son circulares, de tendencia elíptica y rectangulares. Controlan los valles más importantes que penetran en el interior del páramo. De

esta manera, hay indicios en este periodo de un mayor control del territorio, y a partir de ahora aparecen diferencias de una forma más o menos clara entre lo que son estrictamente poblados y torres.

Es sintomático que los yacimientos del tipo II estén sistemáticamente al lado de un poblado de grandes dimensiones del periodo anterior. Esto debe interpretarse como la ocupación reiterativa en el tiempo de lugares que ofrecen altos niveles estratégicos, tanto por la captación de recursos naturales como por el interés de control de determinados accesos. Esta misma funcionalidad se ha identificado en el Maestrazgo, zona rica en mineral de hierro, al haber pequeños poblados (0,1 y 0,25 hectáreas), cuyo surgimiento se ha vinculado a la explotación minera, y se

TIPOS DE EMPLAZAMIENTO	
Poblados	Torres
0,3-1 ha	0,1 ha
Tipo I	Tipo II

Tabla III.- Diferenciación de los emplazamientos según su superficie.

sitúan en las inmediaciones de las extracciones de hierro o en puntos de control de caminos (Oliver 1993: 151).

Los poblados muestran una disposición urbanística formada por viviendas rectangulares adosadas a la muralla y entre sí, y construidas con zócalo de piedra caliza y recrecio de sus paredes a base de tapial, como se evidencia en La Era de Locón I (nº 8) y Valdeclares (nº 15). En ambos las estructuras se sitúan en un sólo lateral de su planta alargada, adosadas a la muralla, mientras que en el otro queda un espacio libre a modo de calle. Esta disposición urbanística es similar a la de La Coronilla I (Chera), donde los únicos restos constructivos están en la vertiente norte (Cerdeño y García Huerta 1992: 83); esto recuerda a los poblados de "calle central" del Bajo Aragón. Otro modelo que responde a un concepto similar, "poblado de espacio central" (Almagro Gorbea 1994: 24), es El Ceremeño (Cerdeño *et al.* 1993-95: 68, 1995: 164).

En todos los casos se constata un recinto amurallado que suele ser perimetral y de características similares a los de la etapa anterior. Sólo en un caso, El Castillejo de Codes (nº 9), se ha documentado la presencia de un foso que transcurre paralelo por el exterior de la línea de muralla, realizándola aún más, y ambos elementos defensivos se interrumpen en un punto concreto para posibilitar el acceso al poblado. Únicamente se conoce la entrada en este último yacimiento, realizada mediante una interrupción simple de la muralla; no hay evidencias de entradas acodadas como sucedía en el periodo anterior. En el caso de las torres no se ha podido localizar la entrada pero sí el acceso, que consiste en una rampa de subida en sentido helicoidal hasta la cima del cerro.

Las distancias entre los asentamientos muestran dos tendencias (tabla IV): por un lado, aquellos enclaves que se encuentran entre 5 y 15 km.; por otro, los que están a más 20 km. En el primer grupo figuran todos los que constituyen el tipo I, salvo el nº 22, al estar en una zona alejada; en el segundo se incluyen algunos de este último tipo y los que forman el tipo II, aunque se observa una mayor variabilidad entre las distancias. Tanto el *índice de vecindad (Iv)* como el *índice de distancias de yacimientos (Id)* proporcionan unos valores que no permiten distinguir con claridad tipos, sino únicamente la proximidad o distanciamiento en relación con el sector sureste del interfluvio.

Se vuelve a documentar la conexión entre poblados y necrópolis: La Torre I (nº 3) con La Torre III (nº 24) de Codes; La Torre (nº 16) con El Tejar (nº 26) de Turmiel; y La Era de Locón I de Balbacil (nº 5) con Modojos de Codes (nº 25). Estos cementerios están en llano y ladera, y al sur y sureste respectivamente de los poblados, excepto el tercero que se localiza al noreste; se encuentran en las inmediaciones de los poblados, muy cerca de puntos con abundante agua y al pie de vías de comunicación. Este emplazamiento es bastante general en muchas necrópolis celtibéricas como Numancia (Jimeno y Morales 1993: 151) y La Cerrada de los Santos (Arenas 1990: fig. 4). De esta manera, hay que recalcar la *continuidad cultural* de estos cementerios celtibéricos a lo largo del tiempo, perdurando hasta épocas tardías. (Lorrio 1993: 306, 1995a: 384).

### 3.3.3. Cultura material

En el elenco de elementos materiales se vislumbran ciertos cambios, sobre todo por la llegada de

Tipos	Nº	0-5 Km	5-10 Km	10-15 Km	15-20 Km	20-25 Km	25-30 Km	Iv	Id
I	22	0	2	0	2	3	3	1,34	1,45
	5	0	4	3	0	2	1	1,47	1,04
	17	2	4	1	1	2	0	0,93	0,76
	18	2	2	4	1	1	0	0,65	0,77
	8	2	3	3	2	0	0	0,65	0,73
	15	2	3	2	0	1	2	0,66	0,91
II	19	1	1	5	3	0	0	0,97	0,89
	14	2	2	3	1	2	0	0,93	0,9
	20	0	2	3	2	3	0	1,34	1,09
	16	1	4	2	1	1	2	0,66	1,03
	21	0	2	0	3	2	3	1,34	1,39

Tabla IV.- Gráficos de distancias: número de yacimientos que hay en cada intervalo de distancia expresada en km., Índice de vecindad (Iv) e Índice de distancia de yacimientos (Id).

productos nuevos que evidencian la generalización de contactos a larga distancia, en un proceso que ya se venía observando en las etapas precedentes. El conjunto cerámico es ahora más polimorfo y variado (fig. 10). Destaca porcentualmente la cerámica a mano; entre las formas de almacén (tipo D) sobresalen las vasijas globulares y de cuello cilíndrico, que muestran unas pastas poco cuidadas y de mala calidad. La vajilla más fina presenta vasos bicónicos y de perfil en "S" (tipo B) y cuencos, copas, fuentes y platos (tipo A), y un mejor tratamiento de las superficies. Hay una continuidad de ciertas formas aunque más evolucionadas. Se mantienen las decoraciones de cordones, unguilaciones y mamelones verticales; se reduce drásticamente el porcentaje de la decoración grafitada y desaparece la pintura postcocción. No obstante, destaca la presencia de cerámicas a torno de técnica ibérica: de pastas muy decantadas, buena calidad y cocción oxidante; destacan las formas globulares y los bordes cefálicos angulosos (tipo G). Algunas están pintadas de rojo vinoso; los motivos decorativos son bandas horizontales, semicírculos y líneas verticales onduladas. También hay urnas de orejetas (F) y una copa de cerámica gris (E) en la Torre I (Codes) (n° 8). Este conjunto cerámico está identificado en El Ceremeño I, donde el torno aparece en porcentajes relativamente importantes, pudiendo tener un carácter de importación desde la zona levantina, aunque no se descarta que algunos ejemplares sean una imitación local de modelos foráneos (Cerdeño *et al.* 1995: 165-167).

Esta vajilla a torno está indicando un progresivo fenómeno de iberización, cuyo origen habría que rastrearlo ya en el periodo anterior, como se demuestra en El Turmielo, ya que en un contexto de cerámicas a mano apareció un reducido lote a torno, en el que destaca una urna de orejetas, siendo considerado "elementos intrusivos de carácter lujoso —bienes de prestigio— o (...) como producto de un intercambio de mercancías entre las comunidades locales y otras del extrarradio conectadas con el mundo mediterráneo" (Arenas y Martínez Naranjo 1993-95: 112-114). En el Bajo Aragón "estos primeros contactos siguieron a lo largo del siglo VI", datación en que se encuadran la mayoría de los materiales a torno de los poblados de esta zona (Sanmartí 1975: 117). Así, hay que recalcar que "la rapidez con que aparece este nuevo y revolucionario producto alfarero denuncia toda una amplia asimilación por parte de los indígenas tanto de nuevas técnicas de producción como de nuevos conceptos estéticos, de funciones y de necesidades" (Oliver 1993: 152).

Por tanto, hay que remitirse a contextos ibéricos, pero no sólo de la costa levantina, sino también

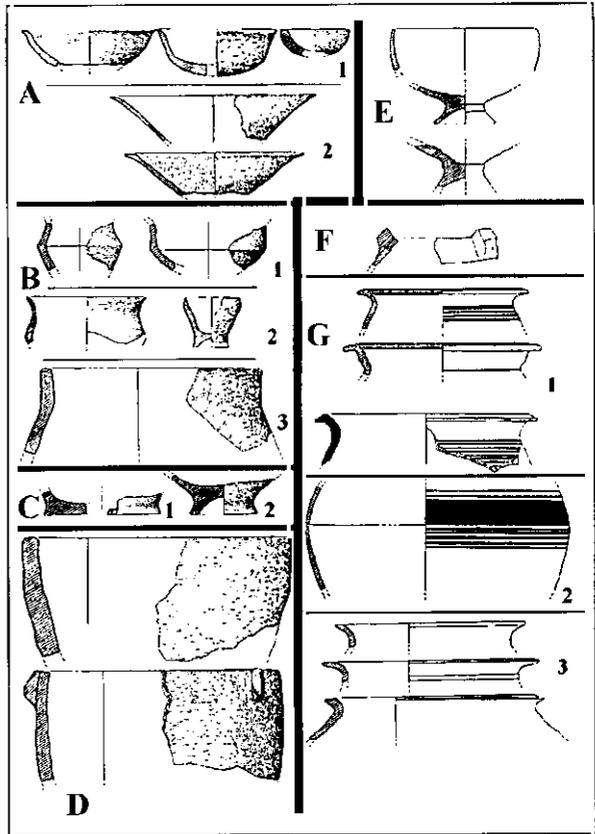


Fig. 10.- Tabla de formas cerámicas correspondientes al periodo Celtibérico Antiguo B.

del interior (parte oriental de la Meseta Sur), donde los influjos culturales de los pueblos colonizadores mediterráneos penetran tempranamente, ya a finales del siglo VII a.C. (Almagro Gorbea 1976-78: 93). En la segunda fase de ocupación de El Macalón (Albacete) aparecen, junto a la cerámica a mano, fragmentos a torno ibéricos pintados, además de cerámicas grises y de barniz rojo (García Guinea y San Miguel 1964: 43; Almagro Gorbea 1976-78: 150). Igualmente ocurre en la serranía de Albarracín, al documentarse en Montón de Tierra (Griegos) la convivencia de la cerámica a mano y a torno "ya desde un momento temprano del siglo VI a.C." (Collado *et al.* 1991-92: 133). Otra área importante es el valle del Ebro, ya que "esta vía queda atestiguada en la pronta llegada de las influencias mediterráneas en la zona del Bajo Aragón" (Oliver 1980: 101), habiendo imitaciones indígenas de formas fenicias durante el siglo VI a.C. (Sanmartí 1975: 116-117). En el nivel II de Peña Negra (Crevillente) se constatan ánforas pintadas a torno (González Prats y Ruiz Segura 1990-91: 71), al igual que cuencos grises y tinajas anforoides de origen fenicio primeramente, para pasar en seguida a ser imitadas por la población local (González Prats 1979: 164).

Todo indica la existencia de una vía de penetración desde el Levante y Sureste hacia el interior peninsular, marcada por una serie de relaciones e influjos tanto materiales como ideológicos, al igual que tecnológicos, que llegan a este sector oriental de la Meseta. Sea como fuere, *“el comercio protocolonial (...) dio lugar a un proceso de aculturación que distorsionó de forma importante el mundo indígena. Las consecuencias más importantes fueron, por un lado las transformaciones socioeconómicas (estratificación social y economía excedentaria) y por otro las innovaciones tecnológicas, la metalurgia del hierro y el torno de alfarero”* (Ruiz Zapatero 1992: 106).

### 3.3.4. Cronología

Este periodo marca un momento evolucionado de las fases iniciales de la cultura celtibérica. Se asiste a un mayor y progresivo fenómeno de iberización, ampliándose los contactos. Como afirma Almagro Gorbea (1976-78: 93) *“la penetración de elementos aislados del Mediterráneo (...) se inicia a finales del siglo VII a.C. y se hace evidente a lo largo del siglo VI a.C.”*, fecha última que respalda la datación propuesta de El Ceremeño (Cerdeño *et al.* 1995: 164, 1993-95: 76, 1996: 289-290), poblado que hay que considerar como exponente de los momentos finales del Celtibérico Antiguo B en el tránsito del siglo VI al V a.C. o en los primeros decenios de este último siglo, siendo el inicio de esta fase a mediados del VI a.C.

La presencia de elementos mediterráneos incide en la transformación de las culturas indígenas del noreste peninsular *“a partir de mediados del siglo VII a.C. y más intensamente durante el siglo VI a.C. e inicios del siglo V a.C.”* (Pellicer Catalán 1982: 226). Estas relaciones debieron hacerse a través de comunidades intermedias y no directamente canalizadas por las factorías fenicias. En la costa levantina el torno empieza a generalizarse a partir de mediados del siglo VII a.C., apareciendo tanto importaciones como imitaciones locales, lo cual implica el conocimiento de hornos apropiados (Arteaga 1982: 153), tecnológicamente superiores a los anteriores. Peña Negra II es el momento en el que irrumpen en este poblado las producciones fenicias (ánforas odriformes con hombro de arista y labio triangular, cuencos grises y tinajas anforoides) que muy pronto son imitadas localmente; este conjunto se fecha a lo largo del siglo VI a.C. (580-510). Dicho contexto se relaciona con los horizontes Preibérico e Ibérico Antiguo de Los Saladares (siglos VII y VI a.C.) y con el Protoibérico de Vinarragell (siglo VI a.C.) (González Prats 1979: 165).

Se constata definitivamente la producción y uso del hierro para elaborar productos manufacturados, siendo un factor importante en los avances técnicos y económicos. La introducción de este metal fue llevada a cabo por el mundo fenicio; su expansión tiene primero connotaciones de bien de prestigio (Almagro Gorbea 1993a: 88 y 90), para pasar rápidamente al armamento y finalmente a la confección de herramientas (Ruiz Zapatero 1992: 116). En el Bajo Aragón se señala la antigüedad de la introducción del hierro; en Fila de la Muela (Alcorisa) se considera un elemento importado para su 4ª fase, *“siendo a principios del siglo VII y fundamentalmente a lo largo del VI cuando se produce el desarrollo de la metalurgia local”* (Álvarez *et al.* 1980: 183). Para Buriello (1989: 91), *“en la fase más antigua de la época celtibérica encontramos ya una producción autóctona, potenciada por la gran riqueza minera del Sistema Ibérico”*.

Este momento de transformaciones y de la generalización de contactos e intercambios a larga distancia es el resultado, en gran parte, *“de un intento de colonización debido a la dinámica de distintos pueblos peninsulares conocedores de la metalurgia o poseedores de territorios con posibilidades mineras, que, yendo al encuentro unos de otros, intercambian productos y técnicas, estableciéndose con diversa fortuna en lugares adecuados a las rutas”* (Aranegui 1985: 191). Este comercio supone, sin duda, un detonante en la estratificación social y en el desarrollo económico de estas gentes, que posibilita el progresivo desarrollo de la cultura celtibérica, como se comprueba en el interfluvio Alto Jalón-Mesa, ya que los asentamientos controlan los recursos minerales y las vías de acceso, posibilitando la relación con otras zonas importantes: ambas submesetas, valle del Ebro y, por extensión, el interior peninsular con la costa levantina.

Aunque muchos poblados continúan ocupándose en la fase siguiente —Celtibérico Pleno— otros, en cambio, parecen iniciarse en esos momentos. A pesar de haber una mayor dispersión de yacimientos, estos manifiestan una menor entidad. Se atisba una pérdida de interés a favor de otras áreas próximas como el Jalón, Tajuña y Gallo. Hay indicios de lugares especializados económicamente y de la reestructuración urbanística de muchos poblados, como La Torre I (Codes), ya que en él se observan espacios angulares separados por una calle formada por grandes losas calizas y aceras, muestra clara del desarrollo urbanístico alcanzado en estos momentos. Las necrópolis estudiadas siguen en uso. La producción cerámica es torneada, se realiza en alfares locales y tiene un mayor repertorio de formas, mientras

que las decoraciones son más inusuales.

#### 4. CONCLUSIONES: RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA

El registro arqueológico muestra la desdoblación existente en el territorio de la Meseta oriental durante el Bronce Final (Revilla 1985: 328; Borobio 1985: 180; Morales 1995: 296; Cerdeño 1992-93: 200). Esto invalida o, al menos, contrarresta las tradicionales ideas sobre el peso que jugó el sustrato local en la emergencia del mundo celtibérico. Sin embargo, es necesario matizar este concepto, porque se puede entender de dos maneras: una, referida a aquellos grupos locales asentados durante la Edad del Bronce en esta zona, que irían evolucionando hasta conformar la base de una nueva entidad cultural; otra, más restrictiva, aplicada a aquellos grupos inmediatamente anteriores a la cultura celtibérica —según se entiende en este trabajo— que por distintas razones llegan a un área concreta y se constituyen en una de sus bases, pero además intervienen otros componentes culturales en esta formación.

Haciendo una recopilación general de la evolución cultural del poblamiento en el interfluvio Alto Jalón-Mesa (fig. 11), se constata el interrogante del sustrato en esta zona, si se entiende desde la evolución de grupos autóctonos de la Edad del Bronce, y se vislumbran algunas reminiscencias que podrían provenir de la tradición de Cogotas, aunque muy tímidamente, afectando a distintas facies del Bronce Final, para pasar al periodo Protoceltibérico, en el que se produce una mezcla cultural al percibirse influjos de Campos de Urnas y del fenómeno generado en el Mediterráneo, que son claves en la evolución posterior del mundo celtibérico. El tradicional sustrato vinculado a Cogotas I queda prácticamente diluido en este territorio del reborde occidental del Sistema Ibérico, a la vez que se organiza un poblamiento que no tiene mucho ver con aquél, y en el se configura el primer estadio evolutivo de la cultura celtibérica.

Se ha constatado la existencia de gentes durante el Bronce Final en entornos próximos, como los poblados de tipo Fuente Estaca, formados por agricultores de Campos de Urnas provenientes del valle del Ebro, que se van introduciendo por el río Piedra, afluente del Jalón, entre los siglos IX y VIII a.C. (Martínez Sastre 1992), dataciones de referencia para las ocupaciones posteriores. La primera evidencia de ocupación en la zona de estudio se documenta a partir de dos poblados: La Era del Locón II (Balbacil) y La Torre II (Codes). Son asentamientos en llano, formados por un número variable de cabañas

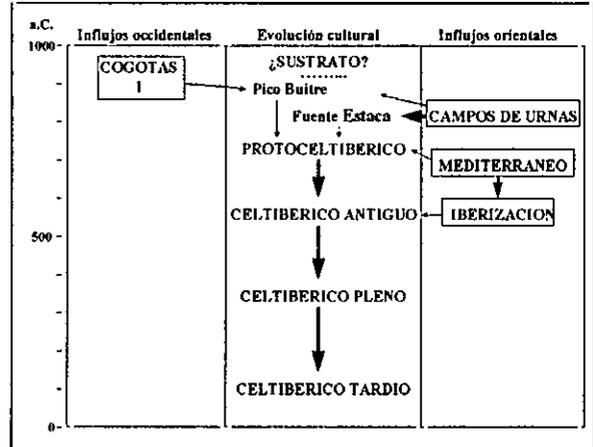


Fig. 11.- Gráfico general de evolución cultural.

construidas a base de ramaje y barro, que se disponen sin orden aparente en un espacio concreto, buscando lugares resguardados con abundante agua, con una base económica mixta de incipiente agricultura y aprovechamiento ganadero. El rasgo más sobresaliente de su cultura material es la coexistencia de elementos diversos, ya que se documentan en un mismo nivel de ocupación tipos decorativos que recuerdan a la tradición de Cogotas I, formas cerámicas emparentadas con los Campos de Urnas, cerámicas grafitadas y ciertos elementos fuertemente relacionados con el mundo levantino, como las fuentes de carena alta muy marcada y borde saliente, una cuenta de pasta vítrea y dos fíbulas de bronce, que parecen inspiradas en modelos de codo y de bucle.

Estos poblados parecen emparentados con los de la facies Pico Buitre, los fondos de cabaña madrileños, los yacimientos con cerámica excisa del Alto Duero y los primeros estadios de la cultura del Soto. Por tanto, sería preciso englobarlos dentro de un gran conjunto cultural del Bronce Final, con todas las matizaciones cronológicas que puedan hacerse en los distintos ámbitos locales debido a la diversa incorporación de elementos, pero hay que diferenciar claramente dos vías de influencias que implican desarrollos distintos: el Suroeste peninsular a través de la vía de la Plata y el Levante y Sureste, siendo esta última la que incide en el reborde oriental de la Meseta. Nos encontramos con grupos pioneros que, remontando el Jalón y sus afluentes, se asientan en el páramo y áreas próximas, como la comarca de Molina de Aragón —territorios escasamente poblados en estos momentos— entre mediados/finales del siglo VIII y primera mitad del VII a.C., en una etapa previa al inicio de la formación de la cultura celtibérica.

En un determinado momento, no lejano en el tiempo, aparece un grupo de poblados en el interfluvio que muestran unas características ciertamente

distintas con respecto a los del periodo anterior. De esta manera, se aprecian una serie de cambios y transformaciones, tanto en los elementos muebles como en la morfología y características de los hábitats y en la organización social y económica, que evidencian una nueva etapa cultural. Por primera vez se documentan los lugares de enterramiento, caracterizados por el rito de la incineración, una cultura material y una organización del poblamiento diferente a la anterior. Esta etapa se relaciona con el horizonte Riosalido, conformando una unidad que se extiende por las estribaciones occidentales del Sistema Ibérico en torno a finales del siglo VII y primera mitad del VI a.C., y que muestra gran parte de los elementos que denotan a la cultura celtibérica, estableciéndose una *continuidad cultural* hasta sus momentos finales (Almagro Gorbea 1993b: 147), como se evidencia en el poblado de La Torre I (Codes); esta misma lectura se verifica en muchas necrópolis.

El aumento significativo de los poblados y su mayor grado de dispersión por el interfluvio, que de ninguna manera ha de considerarse como un simple desarrollo demográfico del periodo Protoceltibérico, se interpreta como un fenómeno migratorio de gentes. Las razones que pudieron mover a estos grupos a asentarse aquí se escapan por el momento, aunque pudieron deberse a la presión demográfica que en este momento alcanza el valle del Ebro. Se establece un control de todos los pasos naturales del interfluvio, siendo importantes de cara a la comunicación con otras zonas: Alto Duero, cuencas del Ebro y del Tajo y Albarracín, a través de la comarca molinense, posibilitando el contacto del interior peninsular con la costa levantina. Por tanto, es un territorio importante que actúa como catalizador de los contactos e influjos de otras áreas.

Hay bases para afirmar la existencia de cambios radicales en la concepción del hábitat, lo cual supone una ruptura tajante y manifiesta con respecto al periodo anterior: se generaliza el emplazamiento de los poblados en altura, muchos de ellos fortificados, y aparece un urbanismo más organizado, en el que ya se construyen espacios domésticos más duraderos, de planta rectangular, formados por un zócalo de piedra y recrecido de tapial, tal y como se documenta en las etapas celtibéricas posteriores. Se aprecian cambios en las estrategias económicas con respecto al periodo anterior. La economía de estas gentes está centrada en la ganadería de ovicápridos principalmente —el páramo es un medio idóneo para dicha actividad—. La metalurgia del hierro se conforma como una actividad trascendental para comprender los mecanismos de despegue de la cultura celtibérica y de sus relaciones con otros grupos culturales

que apuntarían a la costa mediterránea, no directamente con el comercio fenicio, sino más bien con comunidades intermedias. En el plano material, la cerámica presenta una producción exclusivamente a mano; en las formas se observa una clara vinculación con las de tradición de Campos de Urnas del Hierro, estableciéndose los paralelos más evidentes en el Ebro Medio y Bajo Aragón. Es el momento de mayor auge de la cerámica grafitada y aparece la pintura postcocción, ambas como modas identificativas de este periodo.

Se vislumbra un patrón de poblamiento ciertamente estructurado, estable y jerarquizado (fig. 12), que ejerce un control sobre el territorio y las zonas de paso y de explotación de las materias primas que brinda el medio: en el sector sureste del interfluvio hay una concentración poblacional, en la que los asentamientos del tipo Ib —grandes asentamientos sin amurallar— están rodeando en parte a los del II, controlando sus accesos más importantes. Fuera de este esquema se sitúan los poblados del tipo Ia —grandes asentamientos amurallados—, que ocupan una posición periférica con respecto a los anteriores, quedando desplazados del núcleo, y ejercen un control similar de los accesos desde el Jalón hacia el páramo; este último tipo puede explicarse de dos formas: una, que sean asentamientos ligados a otro núcleo poblacional; otra, que sean enclaves periféricos que precisamente por esta situación de alejamiento sientan la necesidad de amurallarse.

Por consiguiente, se asiste a un periodo de profundos cambios en el orden material, social, económico e, incluso, ideológico que afectan especialmente a la configuración de la cultura celtibérica. Esta sensación de transformaciones tiene su trasfondo en otras áreas peninsulares, en las que también ocurre un fenómeno similar. De hecho, en estos momentos hay evidencias de muchos poblados destruidos violentamente: La Torre I (Codes) presenta un nivel de cenizas, al igual que ocurre en El Turmielo (Aragoncillo) (Arenas y Martínez Naranjo 1993-95: 121-123) y en otros de la cuenca del Ebro y de la costa levantina. Esto se relaciona con la crisis del Ibérico Antiguo propuesta por Burillo (1989-90) y con la fase protocolonial de Ruiz Zapatero (1984b).

En un siguiente paso evolutivo de la cultura celtibérica, periodo Celtibérico Antiguo B, se observan ligeros cambios con respecto al periodo anterior, aunque hay una manifiesta continuidad. Sigue habiendo hipotéticamente una misma densidad demográfica, al igual que una concentración poblacional en el sector sureste. Todos los enclaves están amurallados, y a partir de ahora puede diferenciarse entre poblados propiamente dichos (tipo I) y torres (tipo

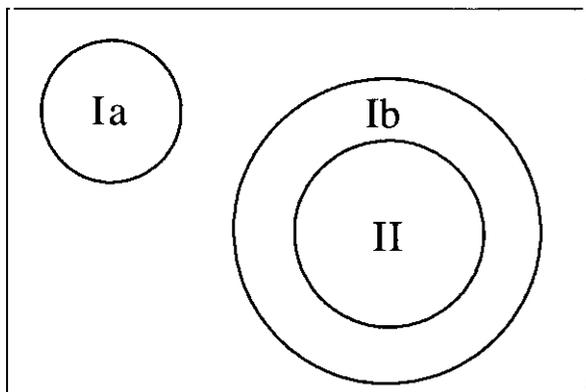


Fig. 12.- Esquema del patrón de poblamiento del periodo Celtibérico Antiguo A.

II); estas últimas se encuentran al lado de poblados pertenecientes al grupo I del periodo anterior, ya que son lugares en los que se controlan vías de comunicación o están vinculados a mineralizaciones de hierro, manifestando un alto valor estratégico en proporción al resto. Con respecto al patrón de poblamiento, se observan ciertas diferencias en relación al esquema propuesto para el periodo anterior (fig. 13). Los asentamientos se sitúan en los bordes del interfluvio, controlando los pasos naturales por los que se accede a él. Se observa una mayor estructuración y ordenación: las torres se disponen periféricamente rodeando en parte a los poblados, y ahora La Torre I (nº 8) y El Castillejo de Codes (nº 18) se encuentran en una posición central con respecto a los demás.

En la cultura material hay básicamente una continuidad de formas, pero se aprecian algunos cambios. Sigue manteniéndose la tradición de Campos de Urnas. La decoración grafitada se reduce drásticamente y la pintura postcocción desaparece del repertorio mueble. Aunque el mayor porcentaje de las cerámicas están elaboradas a mano, aparece el torno, siendo altamente significativo. La vajilla torneada es de tipología ibérica; los paralelismos más evidentes se encuentran en los momentos iniciales de la cultura ibérica. De todos modos, este proceso arranca ya a finales del Celtibérico Antiguo A, como lo constata la urna de orejetas de El Turmielo (Arenas y Martínez Naranjo 1993-95: 113, fig. 23); sin embargo, es en estos momentos cuando parece generalizarse. Estos recipientes son contenedores, presuntamente de líquidos, que muy bien pudieron ser el vino o el aceite, y que están empezando a demandar los grupos del interior peninsular. Así, se puede hablar de un comercio o intercambio a larga distancia entre distintas comunidades y de la necesaria existencia de excedentes con los que estas poblaciones locales pudieran intercambiar: ganado o productos derivados y minerales —hierro principalmente—, ya que son las únicas

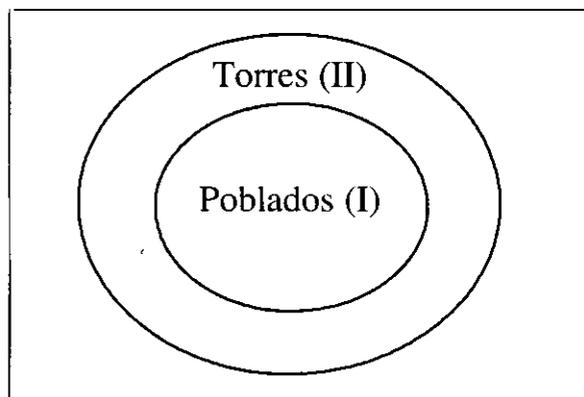


Fig. 13.- Esquema del patrón de poblamiento en el periodo Celtibérico Antiguo B.

materias primas abundantes en estas tierras.

Muchos autores han vinculado la introducción del torno con la metalurgia del hierro, considerándolo como un fenómeno conjunto que influye decisivamente en las comunidades locales de distintas áreas de la Península Ibérica. Dicho fenómeno se ha explicado desde mecanismos comerciales propiciados por el mundo oriental —primero fenicio y después griego—, que va calando en las comunidades costeras y progresivamente va introduciéndose en distinto grado en los pueblos del interior a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C. (Ruiz Zapatero 1992: 105). De hecho, en muchas ocasiones se ha valorado el excelente trabajo del metal entre los celtiberos, constatándose en muchas necrópolis desde sus momentos antiguos, lo cual implica necesariamente una larga tradición para el buen conocimiento de la siderurgia. También hay que tener en cuenta las mineralizaciones de cobre y estaño que se dan en el entorno, junto con la explotación de sal, sobre todo en el Alto Jalón. Todas estas cuestiones están avalando un progresivo desarrollo de la cultura celtibérica, que se muestra receptiva a los influjos exteriores, entrando a formar parte de toda una serie de mecanismos de índole económica que tienen su lugar de origen en la costa mediterránea. De nuevo nos encontramos con destrucciones violentas, como acontece en el Ceremeño (Cerdeño *et al.* 1995: 71-72), que apuntan a procesos distorsionadores, propios de los primeros estadios de la cultura, y a las inestabilidades que se desarrollan en el marco del Mediterráneo Occidental por parte de los pueblos colonizadores, en virtud de sus intereses económicos y políticos.

Vistas así las cosas, en el interfluvio Alto Jalón-Mesa se constata fehacientemente un modelo de ocupación estructurado del territorio a lo largo de los periodos estudiados, en el que paulatinamente se va poblando una zona que podríamos denominar “nuclear”, correspondiente al sector sureste, hasta llegar

a alcanzar un control efectivo del área. Así, es preciso considerar este esquema propuesto de poblamiento como un conjunto o unidad poblacional organizada entre sí, que ejerce un control manifiesto sobre el territorio en el que se asienta, pudiendo ser interpretado a título hipotético como perteneciente a un grupo determinado. Las razones de dicho agrupamiento son difíciles de precisar, pero, sin duda alguna, parece que debe haber alguna relación con el lugar eminentemente estratégico que ocupa dentro de la zona de estudio, ya que constituye el punto de la divisoria de aguas del Jalón, Mesa y Tajuña. Esta zona acusa con posterioridad una pérdida de interés a favor de otras

áreas próximas, hasta el punto de que en época romana no se conocen prácticamente restos de ocupación, no volviendo a tener una reocupación significativa hasta el periodo medieval, en el que vuelven a utilizarse los mismos lugares.

## NOTA

<sup>1</sup> Este artículo constituye una síntesis de mi Memoria de Licenciatura, que fue leída en el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid el 17 de Abril de 1997, bajo la dirección del Dr. Alfredo Jimeno Martínez, con el título *El poblamiento del Hierro Antiguo en el Interfluvio Alto Jalón-Mesa*.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1976-78): La iberización de las zonas orientales de la Meseta. *Ampurias*, 38-40: 93-156.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): El Bronce Final y el periodo orientalizador en Extremadura. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIV.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1993a): La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el periodo protoorientalizador. *Complutum*, 4: 81-94.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1993b): Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural. *Los Celtas: Hispania y Europa*. Universidad Complutense. Madrid. Cursos de verano de El Escorial: 121-173.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1994): Urbanismo de la Hispania "céltica". Castros y oppida del centro y occidente de la Península Ibérica. *Castros y oppida en Extremadura* (M. Almagro Gorbea y A.M.<sup>a</sup> Martín, eds.), *Complutum Extra*, 4: 13-75.
- ALONSO FERNÁNDEZ, J. (1976): *Guadalajara: el territorio y los hombres. Serranías y parameras de Sigüenza y Molina*. Instituto de Geografía Aplicada del Patronato "Alonso de Herrera". Madrid.
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P.; PÉREZ ARRONDO, C.L. (1987): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño.
- ÁLVAREZ, A.; ENRÍQUEZ, J.J.; ALOM, J. (1980): Informe preliminar de la excavación del yacimiento de Fila de la Muela (Alcorisa, Teruel). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 7: 155-187.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (1985): El Hierro Antiguo Valenciano: transformaciones del medio indígena entre los siglos VIII y V a.C. *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Anejo de Lucentum: 185-200.
- ARENAS ESTEBAN, J.A. (1987-88): El poblado protohistórico de El Pinar (Chera, Guadalajara). *Kalathos*, 7-8: 89-114.
- ARENAS ESTEBAN, J.A. (1990): La necrópolis protohistórica de "La Cerrada de los Santos" (Aragoncillo, Guadalajara). Algunas consideraciones en torno a su contexto arqueológico. *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, Zaragoza: 93-99.
- ARENAS ESTEBAN, J.A. (1993): El poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en la depresión de Tortuera-La Yunta (Guadalajara). *Complutum*, 4: 279-296.
- ARENAS ESTEBAN, J.A. (1998): *La Edad del Hierro en el extremo oriental de la Meseta: los páramos y sierras de Molina de Aragón*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense. Madrid.
- ARENAS ESTEBAN, J.A.; MARTÍNEZ NARANJO, J.P. (1993-95): Poblamiento prehistórico en la Serranía Molinesa: "El Turmielo" de Aragoncillo (Guadalajara). *Kalathos*, 13-14: 89-141.
- ARENAS ESTEBAN, J.A.; GONZÁLEZ VÍRSEDA, M.L.; MARTÍNEZ NARANJO, J.P. (1995): "El Turmielo" de Aragoncillo (Guadalajara): Señales de diversificación funcional del hábitat en el periodo Protoceltibérico. *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento celtibérico*. Zaragoza: 179-184.
- ARENAS ESTEBAN, J.A.; CORTÉS, L. (1995): Mortuary rites in the celtiberian cemetery of Aragoncillo (Guadalajara, Spain). *Ritual, Rites and Religion in Prehistory*. III Deyá International Conference of Prehistory, volumen II. BAR International Series 611. Deyá. Paper 24: 1-20.
- ARTEAGA, O. (1976): La panorámica proto-histórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante Septentrional (Castellón de la Plana). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3: 173-194.
- ARTEAGA, O. (1982): "Los Saladares-80". Nuevas directrices para el estudio del Horizonte Protoibérico en el Levante meridional y Sudeste de la Península. *Huelva Arqueológica*, VI: 131-183.
- ARTEAGA, O.; SERNA, M.<sup>a</sup>.A. (1975): Los Saladares-71. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 3: 71-82.
- ARTEAGA, O.; SERNA, M.<sup>a</sup>.A. (1979-80): Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela-Alicante). *Am-*

- purias*, 41-42: 65-137.
- BARROSO BERMEJO, R.Mª. (1993): El Bronce Final y la transición a la Edad del Hierro en Guadalajara. *Wad-Al-Hayara*, 20: 9-44.
- BLASCO, Mª.C. (1980-81): Reflexiones sobre la cerámica pintada del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 7-8: 75-92.
- BLASCO, Mª.C.; LUCAS, R.; ALONSO, A. (1985): Nuevo yacimiento prehistórico en la provincia de Madrid: El Cerro de San Antonio. *XVII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 267-277.
- BOROBIO, Mª.J. (1985): *Carta arqueológica de Soria. Campo de Gómara*. Diputación Provincial de Soria. Soria.
- BURILLO, F. (1989): Poblamiento y cultura material. *Los Celtas en el valle medio del Ebro*. Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón. Zaragoza: 67-97.
- BURILLO, F. (1989-90): La crisis del ibérico antiguo y su incidencia sobre los campos de urnas finales del Bajo Aragón. *Kalathos*, 9-10: 95-124.
- CEBOLLA, J.L. (1986): *El poblamiento prehistórico y protohistórico en el sector medio del río Mesa (Guadalajara, Soria, Zaragoza)*. Memoria de Licenciatura (inédita). Universidad de Zaragoza.
- CEBOLLA, J.L. (1992-93): El tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el sector NW de la cuenca del Jalón. *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa. Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X: 175-191.
- CERDEÑO, Mª.L. (1992-93): La Edad del Hierro en el área oriental de la provincia de Guadalajara. *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X: 193-202.
- CERDEÑO, Mª.L.; GARCÍA HUERTA, Mª.R. (1992): *El castro de La Coronilla. Chera, Guadalajara (1980-86)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 163.
- CERDEÑO, Mª.L.; PÉREZ, J.L.; CABANES, E. (1993-95): Secuencia Cultural de "El Ceremeño" (Guadalajara). *Kalathos*, 13-14: 61-88.
- CERDEÑO, Mª.L.; PÉREZ, J.L.; CABANES, E. (1995): Cerámicas de importación mediterránea en un castro celtibérico. *Trabajos de Prehistoria*, 52: 163-173.
- CERDEÑO, Mª.L.; GARCÍA HUERTA, R.; BAQUEDANO, I.; CABANES, E. (1996): Contactos interior-zonas costeras durante la Edad del Hierro: los focos del noreste y suroeste meseteños. *Complutum Extra*, 6 (1): 287-312.
- COLLADO VILLALBA, O. (1995): El poblamiento en la sierra de Albarracín y en el valle alto del Júcar. *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento celtibérico*. Zaragoza: 409-432.
- COLLADO, O.; COTINO, F.; IBÁÑEZ, R.; NIETO, E. (1991-92): Montón de Tierra, Griegos (Teruel). Estado actual de las investigaciones. *Kalathos*, 11-12: 115-138.
- CRESPO CANO, Mª.L. (1992): Pico Buitre y el Bronce Final en el Valle del Henares. *Memorias del Seminario de Historia Antigua III. La celtización del Tajo Superior*. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid: 45-66.
- CRESPO, Mª.L.; CUADRADO, M.A. (1990): Dos nuevos yacimientos de tipo "Pico Buitre" en el valle del Henares (Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 17: 67-93.
- DELIBES, G.; ROMERO CARNICERO, F.; SANZ, C.; ESCUDERO, Z.; SAN MIGUEL, L.C. (1995a): Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Junta de Castilla y León. Valladolid: 49-146.
- DELIBES, G.; ROMERO CARNICERO, F.; RAMÍREZ, Mª.L. (1995b): El poblado "céltico" de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Junta de Castilla y León. Valladolid: 149-177.
- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Instituto de estudios zamoranos Florián de Ocampo. Diputación de Zamora. Zamora.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1979): Notas de prehistoria Seguntina. *Wad-Al-Hayara*, 6: 9-72.
- GARCÍA GUINEA, M.A.; SAN MIGUEL, J.A. (1964): *Poblado Ibérico de El Macalón (Albacete)*. (Estratigrafías). 2ª Campaña. Excavaciones Arqueológicas en España, 25.
- GIOT, P.R.; LE ROUX, C.T.; ONNÉE, Y. (1968): *Cerámique armoricaine de l'Age du Fer*. Travaux du Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique.
- GIL-MASCARELL, M. (1985): El final de la Edad del Bronce: Estado actual de la investigación. *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Anejo de Lucentum: 141-152.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1979): *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra, Crevillente (Alicante)* (1ª y 2ª campañas). Excavaciones Arqueológicas en España, 99.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ SEGURA, E. (1990-91): Nuevos datos sobre urbanística y cultura material en el Hierro Antiguo del Sudeste (Peña Negra, 1986). *Lucentum*, IX-X: 51-75.
- JIMENO, A.; ARLEGUI, M. (1995): El poblamiento en el Alto Duero. *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento celtibérico*. Zaragoza: 93-126.
- JIMENO, A.; FERNÁNDEZ, J.J. (1985): Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria). Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro. *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, IX-3: 49-66.
- JIMENO, A.; MORALES, F. (1993): El poblamiento de la Edad del Hierro en el Alto Duero y la necrópolis de Numancia. *Complutum*, 4: 147-156.
- LLANOS ORTIZ, A. (1973): Cerámica excisa en la provincia de Alava. *XII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 323-332.
- LORENZO MAGALLÓN, I. (1985-86): Avance sobre las excavaciones del yacimiento de San Jorge (Plou). *Kalathos*, 5-6: 33-64.
- LORRIO ALVARADO, J.A. (1993): El armamento de los celtas hispanos. *Los Celtas: Hispania y Europa*. Universidad Complutense. Madrid. Cursos de verano de El Escorial: 285-326.
- LORRIO ALVARADO, J.A. (1995a): *Los Celtíberos: etnia y cultura*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense. Madrid.
- LORRIO ALVARADO, J.A. (1995b): La formación de la cultura celtibérica. *XXII Congreso Nacional de Arqueología*,

- volumen II. Vigo: 219-224.
- LUCAS PELLICER, M<sup>a</sup>.R. (1987): ¿Dónde está la "Primera Edad del Hierro"? *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23: 40-51.
- MADROÑERO DE LA CAL, A.; AGREDA, M<sup>a</sup>.N.I. (1989): Los hierros de la España prerromana. *Minería y Metalurgia en la Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas*, tomo I. Madrid: 109-118.
- MARTÍN VALLS, R.; DELIBES, G. (1976): Sobre la cerámica de la fase Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 42: 5-18.
- MARTÍN VALLS, R.; ESPARZA, A. (1992): Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica. *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3: 259-280.
- MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>. (1996): *Las Sociedades de la Edad del Hierro en la Alta Extremadura*. Tesis Doctoral inédita leída en la Universidad Complutense. Madrid.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. (1992): El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara). *Memorias del Seminario de Historia Antigua III. La Celtización del Tajo Superior*. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid: 67-78.
- MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995): *Carta Arqueológica de Soria: La Altiplanicie Soriana*. Diputación Provincial de Soria. Soria.
- NAVARRO MADRID, A. (1982): *La comarca de Molina de Aragón: Estudio geográfico*. Colección Tesis Doctorales, n<sup>o</sup> 146/82. Universidad Complutense.
- OLIVER FOIX, A. (1980): Las influencias mediterráneas en el mundo ibérico de la zona sur del delta del Ebro. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 7: 99-118.
- OLIVER FOIX, A. (1993): El desarrollo cultural protohistórico en el llano litoral del Maestrat (Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*: 147-170.
- PELLICER CATALÁN, M. (1982): La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del Nordeste hispano. *Habis*, 13: 211-237.
- PÉREZ CASAS, J.A. (1986): Cerámicas con decoración excisa en los yacimientos protohistóricos del Bajo Jalón (Zaragoza). *Boletín del Museo de Zaragoza*, 5: 157-169.
- REVILLA ANDÍA, M<sup>a</sup>.L. (1985): *Carta arqueológica de Soria. Tierra de Almazán*. Diputación Provincial de Soria. Soria.
- ROMERO CARNICERO, F. (1984): La Edad del Hierro en la Serranía Soriana: los Castros. *Studia Archaeologica*, 75: 5-45.
- ROMERO CARNICERO, F.; RUIZ ZAPATERO, G. (1992): La Edad del Hierro: problemas, tendencias y perspectivas. 2<sup>o</sup> *Symposium de Arqueología Soriana*. Soria: 103-120.
- ROMERO CARNICERO, F.; MISIEGO, C. (1995): Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero: El Castillejo (Fuensaúco, Soria). *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento celtibérico*. Zaragoza: 127-139.
- ROYO GUILLÉN, J.I. (1980): Hallazgos metalúrgicos de la I<sup>a</sup> Edad del Hierro en Aragón. *Turiaso*, 1: 239-324.
- RUIZ-GÁLVEZ, M<sup>a</sup>.L. (1985-86): El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la "Arqueología social". Una propuesta para el estudio de los pueblos del Oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro. *Kalathos*, 5-6: 71-106.
- RUIZ-GÁLVEZ, M<sup>a</sup>.L. (1992): La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica. *Spal*, 1: 219-251.
- RUIZ-GÁLVEZ, M<sup>a</sup>.L. (1995): El significado de la ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro. *Complutum Extra*, 5: 129-155.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984a): Cogotas I y los primeros "Campos de Urnas" en el Alto Duero. *I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria: 171-185.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984b): El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior. *Kalathos*, 3-4: 51-70.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1992): Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE de Iberia. *Gala*, 1: 103-116.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1995): El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones. *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento celtibérico*. Zaragoza: 25-40.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO, A. (1988): Elementos e influjos de tradición de "Campos de Urnas" en la Meseta sudoriental. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, tomo III (2). Toledo: 257-268.
- SANMARTÍ GRECO, E. (1975): Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (La Comarca del Matarranya). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2: 87-132.
- SCHUBART, H. (1971): Acerca de la cerámica del Bronce tardío en el Sur y Oeste peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 28: 153-182.
- SUNDWALL, J. (1943): Die älteren italischen fibeln. *Archäologisches Institut des Deutschen Reiches*. Berlín.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1929): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 103.
- VALIENTE MALLA, J. (1982): Cerámicas grafitadas de la comarca Seguntina. *Wad-Al-Hayara*, 9: 117-135.
- VALIENTE MALLA, J. (1984): Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares. *Wad-Al-Hayara*, 11: 9-57.
- VALIENTE, J.; CRESPO, M.L.; ESPINOSA, C. (1986): Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares: los poblados de ribera. *Wad-Al-Hayara*, 13: 47-70.
- VALIENTE, J.; VELASCO, M. (1986): El cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara). Un asentamiento de transición del bronce al hierro. *Wad-Al-Hayara*, 13: 71-90.
- VALIENTE, J.; VELASCO, M. (1988): Ermita de la Vega (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara). Yacimiento de tipo "Riosalido". *Wad-Al-Hayara*, 15: 95-122.
- VILLAR, F. (1991): *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Gredos. Madrid.